

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



LA MUJER EN LA LUNA

GERDA MAURUS

LA MUJER EN LA LUNA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

LA MUJER EN LA LUNA

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título dirigida por **FRITZ LANG**
e interpretada por los simpáticos artistas

WILLY FRITSCH y GERDA MAURUS

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 234 - BARCELONA

NARRACIÓN LITERARIA DE
MANUEL NIETO GALÁN

PRODUCCIÓN SONORA

U. *F.* *A.*

Balmes, 79

Barcelona

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Wolff Helius	WILLY FRITSCH
Frida Velten	GERDA MAURUS
Profesor Mansfeldt	Klaus Pohl
Hans Windegger	Gustav V. Wangenheim
Gustavo	Gusti Stark-Gstettenbaur

LA MUJER EN LA LUNA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

A MANERA DE PROLOGO

Es necesario, querido lector o lectora, que antes de entrar en materia sobre el asunto cuya narración voy a hacerte, te prevenga de que *La mujer en la luna*, no es una obra real, es una fantasía, pero una fantasía admirable, donde el genio inimitable del célebre animador *Fritz Lang*, nos ha dado una prueba más de su talento y de su tecnicismo en materia cinematográfica.

La mujer en la luna, al igual que las novelas de Julio Verne, tiene el atractivo de lo irreal y lo fantástico, de lo sublime y de lo hipotético, pero sus personajes movidos por la mano maestra de este gran director tienen un poder sugestivo que magnetiza al espectador, haciéndole

sentir toda la gran lucha que tienen que sostener para su quimérico viaje.

Para realizar esta obra maestra de la cinematografía, para hacer de un hecho imaginario otro, casi real, *Fritz Lang* ha sabido emplear todos cuantos adelantos ofrece la mecánica moderna, ha sabido utilizarlos de tal modo y con tal forma que su viaje, que más bien parece el sueño de un loco, llega en momentos, incluso a ser comprensible al espectador y hacerle creer que no se trata de nada imaginario, sino de algo real, fantástico, pero susceptible de realizar.

En tal forma ha ido utilizando los progresos modernos, de tal manera ha ido desarrollando las escenas de su film, que desde el primer momento la emoción se apodera del ánimo del público y su interés sigue creciendo a medida que va desarrollándose el fantástico viaje, hasta llegar a ese planeta desconocido, llamado Luna, cuya incógnita trata de descifrar, la fantasía de este director.

Si *Fritz Lang* no nos hubiera dado ya pruebas de su talento al realizar cintas como «Metrópoli», «La montaña sagrada» y otras parecidas, bastaría *La mujer en la luna* para proclamarlo como el Mago de la Cinematografía y acatar sus producciones, convencidos de que ha de ser algo extraordinario, algo original, que se aparte por completo del guión rutinario de cuanto se haya visto.

Por esto mismo, queridos lectores, he creído precisa esta explicación, para decirte que si algo ves en el cur-

so de esta historia que te parezca sobrenatural, tómalo como lógico, como asequible de suceder, puesto que todo ello es hijo de la imaginación de un hombre, cuya confianza en sí mismo le hace lanzarse a la más fantástica aventura, convencido de poder presentar como real, un hecho de lo más hipotético que existe.

UNA CONFERENCIA MOVIDA

En todas las sociedades astronómicas de Europa se hablaba con admiración del sabio profesor Mansfeldt. Sus descubrimientos, cada día mayores, llevaban la inquietud a todos los que se ocupaban del estudio de esta ciencia y producían la admiración de cuantos seguían de cerca el curso de sus investigaciones.

Su fama fué creciendo de tal forma y tan rápidamente, que pronto fué nombrado miembro de las Sociedades Astronómicas de Berlín, Londres y París. Era solicitadísimo su concurso en todas las conferencias científicas y su celebridad fué tanta, que llegó a contar un sinnúmero de enemigos, envidiosos de su saber.

Pero cuando el asombro fué mayor, cuando no dudaron en calificarlo de loco, todos estos que le negaban talento, fué cuando el profesor Mansfeldt anunció que ya no era imposible realizar un viaje a la Luna.

Tras continuos estudios, cálculos y averiguaciones había llegado a la conclusión de que el viaje a la Luna era realizable. La mecánica moderna ofrecía medios más que suficientes para llevar a cabo su arriesgada

aventura y solamente hacia falta el capital necesario para poner en práctica su pensamiento. Para ello anunció que en una conferencia expondría el punto sobre el cual se basaba su idea, el medio de hacerla realizable y como se podría efectuar aquel viaje.

Inútil es decir que el día señalado para la conferencia el salón de actos se llenó por completo, para escuchar de labios del profesor la idea que había surgido en su mente.

Fué exponiendo su pensamiento y explicando por medio de planos la manera de hacer el viaje, en la siguiente forma:

—Será preciso construir una aeronave en forma de cohete, el cual será impulsado por las detonaciones sucesivas de otros cohetes potentísimos a medida que vaya avanzando. Tendremos que traspasar una capa aérea donde la respiración es imposible. Para ello la aeronave ha de ir provista del oxígeno suficiente para poder respirar y pasado esta capa llegaremos a la zona donde la gravedad de la Tierra habrá desaparecido y los cuerpos flotarán en el espacio sin peso alguno. Transpuesta esta capa durará ya poco el viaje para llegar a la Luna, cuyos tesoros son incalculables, según se desprende de mis investigaciones, pues una vez más sostengo que la Luna es riquísima en oro.

Los asistentes a la conferencia se miraron unos a otros y en el rostro de todos se expresaba claramente la incomprendición de cuanto les decía el profesor. Otros

sonreían lastimosamente, como dando a entender que los estudios habían perturbado la mente del profesor y éste, ante aquellas expresiones de dudas siguió diciendo, cada vez más enérgico:

—Veo que dudáis de mí, pero acaso no está lejano el día en que por medio de la primera aeronave pueda llegarse hasta la Luna y arrancarle esos incontables tesoros, para traerlos a la Tierra, a nuestra Tierra.

Una carcajada unánime acogió esta parte de la conferencia del sabio profesor, quien más indignado todavía, exclamó:

—¡Reid, imbéciles! La risa fué siempre el argumento de los incomprensivos contra las ideas nuevas... ¡Afortunadamente toda la risa de todos los idiotas de la Tierra no basta a detener el incessante progreso del Mundo! ¡También siglos atrás rieron los necios cuando Colón habló de tierras nuevas, de horizontes inexplorados, hasta que la realidad trocó sus risas en escarnio de ellos mismos...!

Pero los espectadores, no podian oir ya estas últimas palabras del profesor, reían a más no poder y sin darle tiempo a que terminara su conferencia fueron desapareciendo de la sala, excepto un muchacho joven, muy joven, casi un niño a quien se dirigió el profesor y le dijo:

—No me comprenden, Helius. Me creen loco.

—No le importe, maestro—respondió el muchacho—.

Yo estoy seguro de que algún día llegará en que pueda realizarse su sueño.

Era Wolf Helius, uno de los discípulos más queridos del profesor y que más ciegamente creía en sus palabras. Hijo de una familia rica había decidido emprender el estudio de la Astronomía atraído por sus muchos misterios, y a medida que avanzaba en sus estudios más depositaba en ellos sus cinco sentidos, como si en el Mundo no existiese para él otra cosa que aquella ciencia.

A pesar de su juventud huía la reunión de los muchachos de su edad y se había convertido en un auxiliar potentísimo del sabio profesor.

UN AMOR NO COMPRENDIDO

Fueron pasando los años y con ellos la celebridad del doctor, que había abandonado todo para dedicarse únicamente a su fantástico viaje, fué debilitándose también. Su nombre fué olvidándose y el que en otro tiempo causara la admiración del Mundo, se había convertido en un pobre viejo, falto de todo medio económico, sin ayuda de nadie.

En medio de aquel aislamiento que la Sociedad iba haciendole, el profesor Manfeldt encontró un consuelo en el cariño de tres de sus discípulos: Helius, Frida y Hans. Los tres muchachos tenían gran confianza en el maestro y seguían con él el curso de sus estudios.

Pero para Frida, alma de mujer al fin, y de mujer joven tuvo más fuerza la simpatía de Helius que los misterios de la ciencia. Acudía gozosa todos los días a clase, pensando más que en nada en que se encontraría con Helius. Sin embargo, éste, enfrascado en el estudio, no había reparado en la belleza armoniosa de Frida y no había sabido leer en sus ojos que un vivo sentimiento animaba el coroncito de la muchacha. Sentía por ella una simpatía extraordinaria, deseaba su compañía, ansiaba su amistad, pero sin que nunca se hubiese deteni-

do a examinar si el afecto que profesaba a la joven era algo diferente al de una sincera amistad.

Iban pasando los días, la aeronave inventada por el profesor iba haciéndose, gracias a los dispendios de Helius y de Hans, y Frida seguía sin haber podido demostrar a Helius que lo amaba. Sus insinuaciones, su coquetería femenina y todos los medios de que puede disponer una mujer para atraerse la atención de un hombre, no dieron más resultado que el que Hans se fijara en ella y comprendiese que la amaba. Pero Frida rehuía aquel amor, ella amaba a otro, sin que éste se diera cuenta y hasta incluso llegó a decirle un día:

—¿Sabe usted una cosa, Helius?

El se la quedó mirando interrogativamente y la muchacha continuó diciéndole:

—Me parece que Hans se ha fijado en mí. ¿Qué le parece a usted?

—Hans es un hombre capaz de hacer la felicidad de una mujer—le respondió Helius—. Estoy seguro de que si es verdad lo que me dice, podrá usted ser feliz y hacerlo a Hans.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre a mi pregunta?—preguntó ella, algo insinuante.

Pero Helius sin darse cuenta volvió a decirle:

—Creo que con lo que le he dicho es suficiente para que tenga usted confianza en Hans.

—¿Y cómo es que usted no me había dicho nada?

le preguntó otra vez Frida—. Estoy segura de que usted lo sabría y habrá aprobado la idea de Hans.

—Le prometo que ignoraba todo—contestó Helius—. ¿Por qué había de saberlo?

—Por lo amigo que es usted de Hans..., estudian juntos..., piensan lo mismo...

—En ese caso también se encuentra usted, Frida—exclamó sonriendo Helius—y tampoco me ha dicho nada, a pesar de ser condiscípula mía y pensar como yo...

Frida no quiso insistir más. Comprendió que era inútil cuanto hiciese en aquel sentido y dejó llevarse por la amistad que sentía por Hans, para que fuese convirtiéndose en un sentimiento más íntimo, aun cuando éste no pudiera nunca ser el de un amor profundo. Pero la idea de llegar a ser la esposa de Hans fué tomando cuerpo en ella, o mejor dicho, ella fué haciéndose a esta idea, hasta que por fin los dos jóvenes empezaron a edificar el castillo quimérico de un sueño de amor.

Pero, ni aun la idea de que pronto se convertiría en la esposa de Hans, fué suficiente para que Frida reconociese la diferencia que existía entre Helius y su futuro prometido. El primero de ellos era un carácter franco, noble, sincero, capaz del mayor sacrificio en aras de la amistad. Jovial por temperamento, su trato tenía un atractivo inexplicable y su optimismo ante los problemas más arduos le hacían salir victorioso en todos ellos. Todos estos detalles se denotaban también en Hans, pe-

ro sin embargo había algo en él que hacia desconfiar, como si detrás de su risa y de sus palabras se ocultase un pensamiento indescifrable. Pero los días se sucedían sin que nada viniese a alterar la amistad de los tres alumnos, hasta que por fin Frida abandonó aquel prejuicio y se dejó querer confiadamente por Hans.

LOS PREPARATIVOS DEL VIAJE

Helius, para llevar a la práctica aquel viaje a la Luna, no había reparado en gastos, ni en sacrificio alguno. Todo su capital lo puso al servicio del profesor, pero los gastos eran cada vez mayores y el dinero del joven se iba agotando. Se hicieron experimentos con pequeños cohetes, los cuales dieron un resultado satisfactorio, pero de estos experimentos nadie supo nada, porque ellos mismos se cuidaron de mantenerlos en el más profundo secreto, con tal de que llegase el día en que pudieran demostrar al Mundo que su proyecto no era ninguna idea de un loco.

Así las cosas llegó el día en que el cohete en el que debían realizar el viaje a la Luna estaba ya casi en disposición de ser lanzado. Solamente faltaba algunos detalles, para los cuales no había dinero.

El pobre profesor veía con desesperación que su idea genial se venía por tierra. ¿Quién sería el que se atreviera a exponer su capital para aquella empresa a la que todos consideraban descabellada? ¿Cómo poder convencer a los grandes financieros que en el otro planeta había tesoros incalculables de oro, que podían ser trans-

portados a la Tierra? Nadie lo creía y nadie, por lo tanto, le prestaría su ayuda financiera.

Sin embargo, Helius no desesperaba; había tratado relaciones con cierta compañía y un día, cuando su maestro le expresó la desconfianza de poder realizar aquel viaje el muchacho le dijo:

—No se apure, maestro, todo podrá arreglarse.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el profesor viendo un rayo de esperanza en las palabras del joven.

—Ya sabe usted—siguió diciendo el discípulo—que mis medios económicos tocan a su fin, pero estoy en negociaciones con una poderosa Compañía financiera, que se ofrece con ciertas condiciones a dar el dinero para terminar la construcción, en mis talleres del autocohete, que ha de realizar nuestro soñado viaje.

—¿No me engañas, Helius?—preguntó algo incrédulo el viejo profesor—. ¿No es tu cariño hacia mí el que quiere hacerme entrever una esperanza que más tarde se desvanecerá?

—No, maestro—contestó seriamente Helius—. Le he dicho la verdad y pronto podré confirmársela, para que usted mismo se desengañe.

—No es necesario, Helius—exclamó el maestro—. Te creo, tengo necesidad de creerte. Esto ha sido el sueño de toda mi vida.

—Pues lo realizará, maestro—terminó diciéndole el joven.

—¿Supongo—volvió a preguntarle el profesor—que también vendrán con nosotros Hans y Frida?

La alegría que expresaba en aquel instante el semblante de Helius se oscureció de improviso. Dejó de sonreir y su aspecto fué tal que el mismo profesor le preguntó:

—¿Te contraria que venga Hans...? ¿No es ya tan amigo tuyo, como antes?

—Nada ha enfriado nuestra amistad—respondió Helius—pero Hans quizás tenga algo más importante, para él, que hacer aquí.

El profesor lo miró extrañado y Helius para darle una explicación de lo que había querido decir, sacó una cartulina de invitación y se la entregó al profesor que leyó lo siguiente:

«Tienen el gusto de anunciar a usted la próxima boda de la señorita Frida Velten, especialista en estudios astronómicos y el señor Hans Windegger, inteligente astrónomo y actual jefe de los talleres Helius.»

—Ya comprendo— exclamó el profesor al terminar de leer la carta—te contraria esta boda, ante el temor de que Hans y Frida desistan de acompañarnos.

—Nada de eso—respondió Helius—yo mismo seré el que les ruegue que no se aventuren con nosotros a este viaje. Ellos no tienen derecho a exponer sus vidas. Cuando dos seres se aman deben entregarse por completo al amor, sin pensar en nada más.

El profesor lo miraba extrañado. Nunca había oído

a su discípulo expresarse en aquella forma. Sus conversaciones siempre habían versado sobre la ciencia que cultivaban y nunca creyó que en el corazón de Helius pudiera nacer, ni vivir un sentimiento de romanticismo. Pero, no obstante, sonrió bondadosamente, al considerar que aquel hombre era demasiado joven, para abstraerse por completo a estos sentimientos. El amor es tan innato en los corazones jóvenes, que ninguno puede librarse de él. Se manifiesta de miles formas distintas, pero siempre hace su aparición. Pero lo que no comprendía el profesor era el por qué de este sentimentalismo, precisamente cuando su amigo le anunciaba su boda. ¿Acaso él estaría enamorado de alguna mujer? Y si así era, ¿quién sería ella...? Frida, tal vez fuese Frida, mas pronto abandonó este pensamiento recordando la amistad que había unido siempre a los dos jóvenes y pensando que de haber amado a Frida su amor hubiera sido prontamente correspondido. Pero como en aquella ocasión el pobre viejo no estaba para hacer cálculos sobre esta clase de sentimientos humanos, volvió nuevamente a su conversación sobre el viaje y sacando todos los documentos que se relacionaban con él se los entregó a Helius diciéndole:

—Toma, te entrego todo mi tesoro. A nadie, ni por nada del mundo, hubiera hecho entrega de él. Me siento viejo y débil. ¿Quién sabe si mi salud no me permitirá acompañarte? Tú eres digno de conservar todos estos papeles, que te servirán para llevar a cabo el viaje.

Helius recogió todos los documentos que le entregaba el profesor y salió con dirección a su casa. Por el camino volvió a leer otra carta que había recibido de Hans y que decía:

«Querido Helius: Te escribo esta carta en plena dicha. Eres el primero en saber que Frida consiente, al fin, en ser mi esposa. Cuánto siento que los preparativos del autocohete no nos deje celebrar el acontecimiento, como merece. Estoy loco de alegría.

Tu amigo y compañero

Hans Windegger.»

Sin poderlo remediar, Helius estrujó aquella carta entre sus dedos, como si en vez de un papel quisiese estrujar la felicidad de que le hablaba su amigo. Frida de otro hombre, pensó interiormente. Frida la esposa de Hans, de su amigo, de su compañero...

Se recostó sobre el asiento del coche y ocultó durante unos segundos la cabeza entre sus manos, pensando en Frida, ¡tan bella, tan sentimental, tan femenina, tan sensible a todo afecto, era el ideal de un hombre, la felicidad encarnada en aquel cuerpo escultural de mujer! Pero él, ¿a quién podría quejarse? ¿Sabía acaso si Frida le habría amado a él? Ni una sola vez tuvo para ella una mirada de admiración, ni una palabra de galantería. Siempre la trató como a su compañero de estudios y ni él mismo se había dado cuenta de que su corazón pertenecía por completo a aquella mujer, a aquella mujer

que iba a desaparecer para siempre de su camino, para convertirse en lo imposible...

Pensó en su decisión de aquella misma tarde y como si respondiese a su pensamiento exclamó en voz alta:

—Sí, ha sido lo mejor. Me hubiera sido imposible permanecer a su lado, verla reir, oír su voz y ver a Hans disfrutar de la felicidad del amor de Frida.

Y olvidando en aquellos instantes la preocupación de toda su vida, su viaje a la Luna, cerró los ojos, para «ver» mejor el rostro de la amada...

LA FIESTA EN CASA DE FRIDA

¿Era Frida feliz con el amor de Hans? ¿Encontraría la dicha en aquel matrimonio, cuyo anuncio se celebraría aquella noche? Ni ella misma podía responder a aquellas preguntas. Su corazón se sentía inclinado hacia Hans y esto era todo lo que la había decidido a aceptar a ser su esposa. Pero en su interior, profundizando sus sentimientos no hubiera sido difícil encontrar un sentimiento más agudo, más intenso hacia Helius, hacia aquel hombre que ella consideraba imposible, por la indiferencia con que siempre la había tratado.

Aquella noche en que se debía celebrar el anuncio de su boda con una fiesta dada por Hans, Frida más que el momento del anuncio, esperaba impaciente la llegada de Helius. Tenía necesidad de verlo para convencerse de que podría ser feliz con Hans, de que la presencia de Helius no le haría nunca sentir el remordimiento de haber prestado juramento de fidelidad y de amor a un hombre hacia quien no se consideraba intimamente ligada.

Horas antes de dar comienzo la fiesta, mientras Hans y Frida ultimaban los preparativos antes de que llegaran los invitados, se presentó un muchacho, llevando un

hermoso ramo de flores y una carta para Frida que decía:

«Querida amiga Frida: Felicito a usted cordialmente, lo mismo que a Hans. A los dos ruego no se disgusten si esta noche no puedo asistir a la fiesta de la celebración de su compromiso matrimonial.

En desagravio le envía estas flores su siempre atento amigo y compañero

Wolf Helius»

Frida quedó con la carta abierta entre sus manos, mientras que en sus ojos se expresaba claramente el disgusto que le causaba la ausencia de Helius. No podía comprender cómo él, tan amigo de ellos, faltaba aquella noche a la fiesta, tratándose de un acto de tanta importancia para los dos.

—¿Alguna mala noticia, Frida?

—Sí—respondió tristemente la muchacha—. Helius, que me envía este ramo de flores y esta carta para que le disculpemos de no poder asistir a nuestra fiesta.

—Es extraña la actitud de Helius desde hace un tiempo a esta parte—comentó Hans—. Cualquiera diría que rehuye nuestra amistad. Casi estoy seguro de saber el motivo.

Frida se lo quedó mirando, interrogándole con la vista, y Hans siguió diciéndole:

—Helius está convencido de que no le ayudaremos en su viaje a la Luna.

—Pero nosotros no le abandonaremos, ¿verdad, Hans?

—De ninguna forma—respondió Hans—. Iremos con él y le demostraremos que sabemos corresponder a su amistad.

—No esperaba otra cosa de ti, Hans—exclamó Frida—. Estaba segura de que no abandonarías a Helius en su arriesgada empresa. Yo también quiero acompañarlos.

—Eso no es posible, Frida—exclamó Hans—. ¿No piensas en que es una aventura demasiado arriesgada para una mujer?

—¡Bah!—exclamó indiferentemente Frida—. Lo que sea de ti será de mí también. ¿No vamos a unir nuestras vidas? Pues justo es que también corramos juntos los mismos peligros.

—Eres deliciosa, Frida—exclamó Hans, acercándose a ella y estrechándola cariñosamente entre su pecho—. Desecha ya ese disgusto que nos causa la ausencia de Helius y piensa sólo en la felicidad que nos aguarda.

Y Frida dejó besarse una vez más por aquel hombre que había de ser su esposo dentro de un breve plazo de tiempo.

Poco después fueron llegando los invitados. La animación fué haciéndose cada vez mayor y el tema de todas las conversaciones convergieron en el proyectado viaje a la Luna. Todos daban por seguro de que aquel viaje no se realizaría, debido a los inconvenientes financieros con que tropezaba Helius.

—Sin embargo—exclamó uno de los presentes—, yo tengo entendido que mañana se reúne el Consejo de una poderosa Compañía para tratar de facilitar a Helius los medios económicos para realizar su magna empresa.

—¿Dice usted que mañana?—preguntó, interesada, Frida.

—Sí—respondió el que anteriormente había hablado—. Mañana es la reunión y si acuerdan conceder el crédito necesario a la expedición Helius, tratarán también las condiciones en que ha de otorgarse el crédito.

—¿Y cree usted que no habrá dificultades para que le cedan el dinero que aún necesita Helius?—volvió a preguntar Frida.

—No lo sé—respondió el interpelado—; pero, desde luego, que algunas dificultades habrá. Se trata de un negocio no muy claro. Hasta ahora nadie sabe si se puede llegar a la Luna, y, si se puede llegar, si en ella hay esos tesoros de que se habla.

Frida no necesitó saber más; había adoptado una resolución: la de ir al día siguiente, con Hans y Helius, a la reunión de aquella Compañía para enterarse de las condiciones y si podrían realizar la tentativa de conquistar la Luna.

LA DECISION DE LA COMPAÑIA

Al dia siguiente el Consejo de la poderosa Compañía que había de suministrar a Helius el dinero necesario para terminar la construcción de su autocohete se hallaba reunido, y el presidente explicó el asunto a todos, diciéndoles:

—Las investigaciones de nuestro agente Mr. Turner son completamente satisfactorias. Según sus informes, no es ninguna locura exponerse a un riesgo que tiene una base científica... y que promete ganancias fabulosas.

Siguió dando toda serie de explicaciones, y uno de los consejeros exclamó:

—Yo estoy conforme con que se le conceda ese crédito, pero ha de ser con la condición de que el propio Turner acompañe a la expedición.

—De eso ya trataremos más adelante—contestó el presidente—; voy a seguir informando a ustedes de lo que se lleva hecho hasta ahora con respecto a ese viaje. Como ustedes saben, Helius mandó a la Luna un cohete o proyectil de ensayo, que volvió felizmente a la Tierra. Después de examinado y fotografiado, y gracias a la habilidad de Mr. Turner, yo puedo mostrar a ustedes algo que ni el propio Helius ha querido revelar a nadie

todavía. Les enseñaré unas proyecciones y por ellas podrán darse cuenta más exactamente.

Acto seguido, en una pantalla provisional, empezó a reflejarse el viaje del cohete enviado a la Luna por Helius, y el presidente siguió su explicación, diciendo:

He aquí el autocohete H.-32, sin pasajeros, pero provisto de una cámara cinematográfica automática. En el extremo superior del autocohete se ha colocado una cámara registradora de gran precisión, movida por un aparato de relojería. Para llegar a la Luna, este autocohete necesitó una velocidad indispensable de 11,200 metros por segundo. Conseguida esta velocidad, como ven ustedes, el autocohete se dirige hacia el planeta lunar y obtiene la primera fotografía de la Luna 36 horas después de su partida de la Tierra. Siguiendo la trayectoria del autocohete H.-32, lo vemos volando a unos 1,600 kilómetros de altura sobre el volcán lunar Eratosthenes y el objetivo cinematográfico descubre lo que jamás vieron los ojos del hombre: el lado de la Luna opuesto a la Tierra.

Los asistentes al Consejo seguían cada vez más interesados aquellas explicaciones y el presidente siguió diciéndoles, a la vez que iban sucediéndose en la pantalla las fotografías que él indicaba:

—Estas inmensas superficies o llanuras de color uniforme son completamente desconocidas: ¿son vegetación? ¿niebla acaso? ¿agua, tal vez?... Esto es lo que queda en el misterio. La cámara no ha podido precisar

tanto, pero sí lo suficiente para comprender que ese viaje no es ninguna locura. Si hay oro en la Luna, ese oro será nuestro y aseguraremos el patrón oro en todo el mundo.

Las explicaciones del presidente terminaron por convencer a los Consejeros, y poco después quedó acordado conceder a Helius el empréstito que solicitaba; pero, desde luego, con ciertas garantías.

Horas después, Helius, acompañado de su maestro, de Frida y de Hans, se hallaba en las oficinas de la poderosa Compañía. Los astutos banqueros, teniendo al frente al astuto Turner, trataban de imponer sus condiciones a los que habían proyectado aquel viaje.

Turner, después de explicarles sus trabajos para convencer a los Consejeros, terminó diciéndoles:

—La Compañía accede a dar dinero, pero con una condición: que yo acompañe a la expedición.

—¿Acompañarnos?—exclamó el profesor.— ¡Eso es imposible!

—Es condición imprescindible—siguió diciendo Turner.— Tengo que acompañar a ustedes para tomar posesión del oro en nombre de la Compañía.

—Es inútil, entonces—contestó de nuevo el profesor.— No podemos someternos a tales condiciones...

—En tal caso—terminó diciendo Turner—, si no aceptan esta condición, la Compañía retirará su ayuda y ustedes pueden hacer lo que mejor les parezca.

Helius veía que aquel viaje, en el que había soñado

tanto, al que había dedicado todos sus afanes, por el que se había gastado toda su fortuna, iba a hacerse imposible. Comprendió todo ésto, y antes que perder la ocasión que le ofrecía la Compañía, aceptó la condiciones, diciéndole:

—Está bien. Aceptamos. Oportunamente le avisaremos la fecha de la partida.

El único que no se hallaba conforme con aquella condición era el profesor, y poco después, al quedar solos, se lo dijo a Helius.

Mas éste procuró hacerle comprender que era necesario aceptar la proposición de la Compañía, y la misma Frida le dijo:

—Yo creo que Helius ha hecho bien. Era la única manera de que se pudiera realizar ese viaje.

—Lleva usted razón—respondió Helius—. Usted me ha comprendido siempre.

—Siempre, no—respondió intencionadamente Frida. Y ante la interrogación de él, aprovechó el momento que habían quedado solos para decirle:

—¿Por qué no fué usted a la fiesta de nuestro anuncio de boda?

—Porque no podía ir, Frida... Había algo que me lo impedía... una razón, que tal vez usted no pueda comprender.

—Ya comprendo—respondió la joven, pensando que se debía su ausencia a los estudios del viaje—. Ese viaje

a la Luna le priva a usted hasta de compartir la satisfacción de sus amigos, ¿verdad?

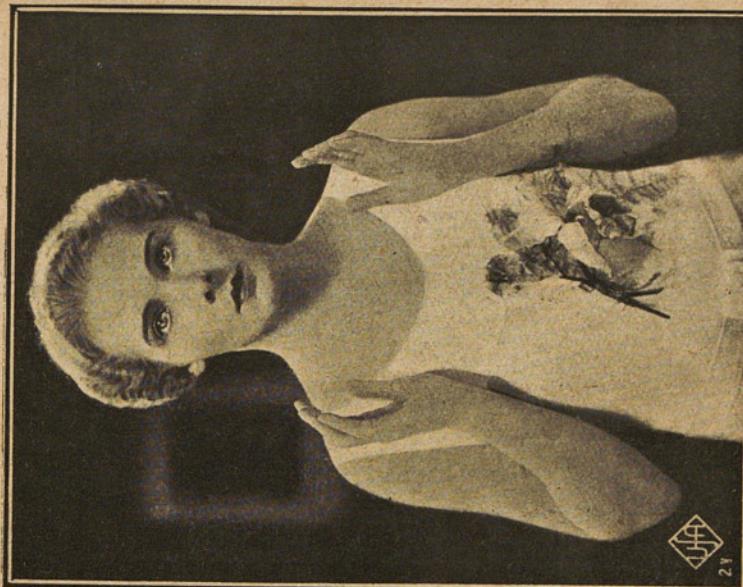
Helius, cuando vió que ella creía que su ausencia había sido motivada a sus trabajos, desistió de insinuarle el verdadero motivo y asintió, diciéndole:

—Ya sabe usted que siempre he trabajado para lograr este deseo. Ahora que ya lo veo casi conseguido, no quiero perder ni un momento.

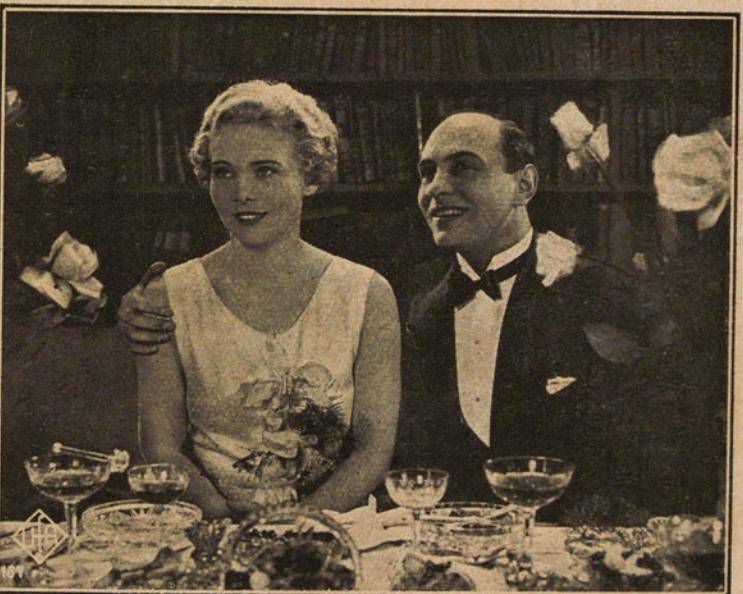
—¿No me merezco yo, acaso, un momento de atención?—preguntó ingenuamente la joven.

—Usted se lo merece todo, Frida. Usted es la mejor amiga que he tenido, la única mujer en quien he confiado, la única también...

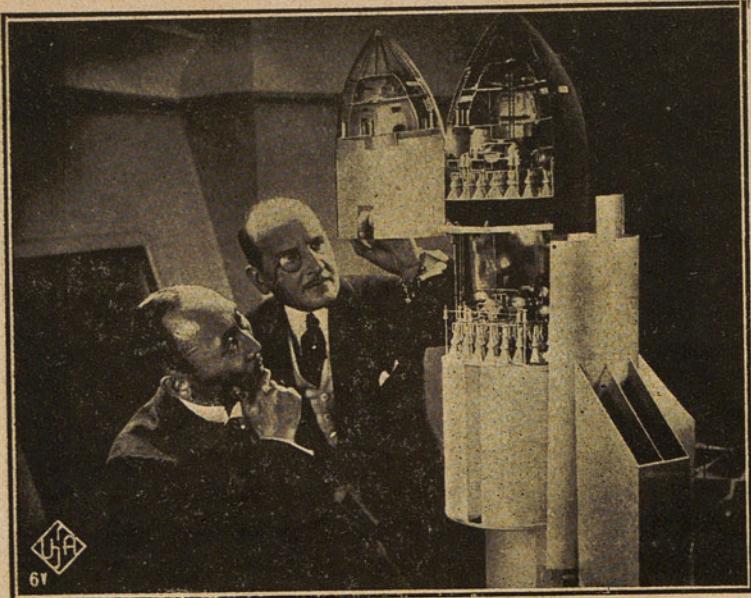
Iba a decirle «que había amado», pero la llegada de Hans y del profesor cortó radicalmente la conversación y todos se despidieron, para empezar desde el día siguiente los trabajos preparatorios para dejar el auto-cohete en disposición de emprender la marcha.



Frida



La animación fué haciéndose cada vez mayor.



El autocohete H. 32.



- ¿Por qué no fué usted a la fiesta?

EL AUTOCOHETE

El aparato inventado para realizar el fantástico viaje era algo que maravillaba, por su mecanismo interior y por las grandes dimensiones que abarcaba. Su forma venía a ser la de un obús gigantesco, herméticamente cerrado. Hacia la mitad de su altura tenía cuatro ventanas, protegidas por gruesos cristales y dirigida cada una hacia una latitud, de forma que desde dentro del aparato podía abarcarse con la mirada todos los lados del espacio. Además, debajo de estas ventanas estaba la puerta central. En el suelo había unas hendiduras, hechas de exprofeso, en las que cabía holgadamente el pie de una persona.

Había en el interior del bólido varios departamentos y en cada uno de ellos una cama metálica, provista de sus correspondientes correas para atarse. En el techo de este primer departamento había un agujero, al cual se subía por medio de una escalerilla, también de acero, y se llegaba a la sala de maquinarias, donde había dos camas iguales que las de abajo. Frente a una de estas ventanas se hallaban los depósitos de oxígeno, para hacer respirable el aire del interior del cohete una vez puesto éste en marcha.

Desde esta misma sala podían dispararse los grandes cohetes que debían impulsar al proyectil para lanzarse en el espacio y darle la velocidad necesaria. Al lado de esta gran sala había un pequeño departamento con una mesa empotrada en el suelo, sobre la que se veían infinidad de mapas y papeles, que servían para los estudios científicos de Helius.

Otro departamento servía para guardar las provisiones, el aparato cinematográfico, palas, picos y otras herramientas que se creían necesarias en el viaje.

Cuando todo estuvo a punto, Turner fué avisado de la fecha de partida y la Compañía empezó desde aquel momento a hacer una campaña de Prensa formidable.

A medida que avanzaban los días el público iba entusiasmándose más por aquel viaje y se esperaba el momento de la partida del monumental cohete con verdadera ansiedad.

Entre tanto, Frida había aplazado su boda para cuando volviesen del viaje, decidida a acompañar a Helius en aquella arriesgada empresa.

Por fin quedó todo concluido y llegó la noche en que el autocohete debía ser lanzado al espacio. La población en masa acudió al lugar de partida, para presenciar el sensacional espectáculo.

Por medio de potentísimas grúas fué sacado del hangar en que se había construído y quedó depositado en una enorme piscina de agua. Era aquél el lugar desde donde debía ser disparado y su colocación allí

era debido a que, siendo el proyectil excesivamente ligero para sostenerse derecho, era preciso mantenerlo sumergido en aquel gran depósito de agua.

Al quedar convenientemente dispuesto para su marcha, un estruendo horrible atronó el espacio. Las bocinas de los autos, los pitos de los trenes, las campanas de las iglesias y los silbidos de las fábricas anunciaron la próxima partida del autocohete.

En el interior de él, los que formaban la expedición sentían la tensión de nervios propia del momento. Todos se hallaban decididos a aquella aventura, excepto Hans. En los últimos momentos un miedo horrible se había apoderado de él y hubiera deseado verse relevado de su compromiso; pero la presencia de Frida, el valor que ella demostraba, hacia ocultar su miedo y procuraba aparecer tranquilo ante los demás.

Helius reunió a sus compañeros momentos antes de partir, y les dijo:

—Al levantarse la Luna en el horizonte, el autocohete será un proyectil lanzado en el espacio con dirección a lo infinito. Si Dios nos ayuda y protege, 36 horas más tarde nos hallaremos en el lado de la Luna opuesto a la Tierra. En esta hora suprema quiero advertirles, una vez más, del peligro que van a correr. En cuanto a vosotros, amigo Hans y querida Frida, sobre todo a usted, les ruego que desistan de este viaje si no se encuentran con fuerzas suficientes para realizarlo. Tendremos que luchar varias veces con la muerte y no es

fácil presumir quién podrá salir vencedor. Habrá momentos en que nuestros cuerpos sufran los horrores de las diferentes regiones por las que atravesaremos.

—Lo sé todo, Helius—exclamó Frida—, y no quiero que me ruegue nada. Estoy dispuesta a acompañarle, y nada ni nadie me hará desistir de mi idea. Todos juntos hemos proyectado este viaje y juntos también hemos de correr los riesgos.

—Ahora no podemos volvemos atrás, Helius—exclamó el profesor—. Nuestro honor está empeñado en esta empresa, los ojos del mundo nos contemplan y los oídos del mundo nos escuchan.

—Está bien, amigos míos—siguió diciendo Helius—; puesto que todos estáis animados del mismo deseo, nada más he de deciros. Cada uno vaya a su puesto. Dentro de cincuenta minutos partiremos...

Cada tripulante de la gigantesca aeronave se acostó en su cama, se amarró sólidamente, y mientras que Helius preparaba los últimos detalles, Hans, con la cabeza entre las manos, se asustaba él mismo de la temeridad que iba a realizar. Aquello era una locura. Ahora que estaba próxima a realizarse era cuando la comprendía, y desgraciadamente demasiado tarde. En aquel instante hubiera abandonado el autocohete, aun cuando hubiera sido solo. ¿Qué le importaba a él que Frida quisiera sacrificarse tan inútilmente?

Pero de aquellas meditaciones lo sacó la llegada de

Helius, que desde su cama, cerca de los aparatos de mando, le dijo:

—El momento se acerca. Dentro de poco volaremos en el espacio hacia lo desconocido. ¿Qué nos aguardará? ¿Será el triunfo? ¿Será la muerte?

Hans callaba; sus facciones, contraídas por el pánico de que se hallaba poseído, no expresaban el menor gesto. Su mirada escudriñaba los aparatos de mando, y en ellos reconcentraba toda su atención, sabiendo que allí estaba la única salvación de los que se habían encerrado en aquel bólido.

Sabía que desde un principio tendría que empezar los sufrimientos. En el instante del disparo la velocidad indispensable era de 11,200 metros por segundo, y serían ocho tremendos minutos de angustia, ocho minutos de lucha tremenda con la velocidad acelerada, cuya presión podía ser mortal. El organismo humano apenas si puede resistir la velocidad de cuarenta metros por segundo y ellos habían de multiplicar esta velocidad si querían vencer la atracción de la Tierra.

En los demás departamentos la inquietud no era menor. Todos sabían que iban a emprender una lucha titánica contra las fuerzas naturales; iban a convertirse, como si dijéramos, en seres extrahumanos. Pero la idea del triunfo, de salir victoriosos de aquella empresa, los animaba y les daba el valor que en verdad necesitaban.

Hans, para calmar algo la nerviosidad de que se hallaba poseido, preguntó a Helius:

—¿Qué pasará si podemos vencer los ocho primeros minutos?

—Pasados esos primeros ocho minutos—respondió Helius—, en los cuales nos parecerá como si enormes pesos quisieran arrastrar nuestros cuerpos hacia la tierra, quedaremos vencedores de la lucha, o bien, si no somos capaces de limitar la velocidad a los 11,200 metros por segundo, vagaremos sin rumbo por el espacio. Siempre más allá, perdidos irremisiblemente en el infinito... sin esperanza de regresar a la Tierra...

Hans sintió que todo su cuerpo se estremecía. ¡No volver más a la Tierra!... ¡Perder la vida sin objeto ninguno!... ¡Morir irremisiblemente, en medio de sufrimientos terribles, deshechos los pulmones por una respiración superior a la que ellos podían resistir!

Todo ésto lo pensaba Hans y, por lo mismo, no acertaba a hacer ninguna consideración.

Helius siguió diciéndole:

—La palanca, Hans, la manejaré yo. Solamente, en el caso de que no pueda resistir la velocidad de los ocho primeros minutos, tú te harás cargo de ella y dirigirás el autocohete. Piensa que de tu serenidad depende la vida de Frida.

Miró el reloj y vió que sólo faltaba un minuto para que llegase el emocionante momento de la partida. Para que todos estuviesen preparados, gritó desde su

cama, donde estaba también amarrado, pero en forma que podía manejar las palancas de mando:

—¡Faltan sesenta segundos!

Las palabras de Helius, como si fueran un hierro candente, hirió los oídos de los viajeros.

—¡Faltan veinte segundos!—volvió a gritar Helius.

El corazón de todos los que ocupaban el autocohete latía violentamente. Era aquella empresa la mayor que se había realizado en el mundo. Todos los países tenían puestos los ojos en ella, esperando el resultado de la expedición. Pero en aquellos momentos en el pensamiento de todos no había más que una idea, la de que iban a lanzarse al espacio, a luchar con fuerzas extra-humanas, a las que difícilmente se podrían vencer.

—¡Faltan diez segundos!—volvió a gritar Helius, preparando el disparo del primer cohete.

Un silencio profundo acogió su advertencia. Los que estaban acostados revisaron nuevamente sus amarres, para asegurarse de que se hallaban sujetos, y la voz de Helius nuevamente resonó en el interior de la cabina, diciendo:

—¡Faltan cinco segundos!... ¡Cuatro!... ¡tres... dos... uno!... ¡¡Ahora!!

Estalló el cohete de elevación y autocohete; como un rayo que se lanzase en el espacio remontó el vuelo y cruzó rápido, silbando, cortando vertiginosamente el aire, hacia las regiones de lo desconocido.

¡La aventura había empezado!

EL VIAJE

Al primer disparo siguieron simultáneamente otros más y el autocohete cada vez adquiría más velocidad. El aire iba haciéndose irrespirable. Los pulmones no podían dar cabida a tanta cantidad y los cuerpos se estremecían en una dolorosa agonía. Frida sentía como si de su cuerpo tirasen manos invisibles y la arrastrasen hacia abajo. Luchaba inútilmente por sostener su posición horizontal. Por fin, sin poder vencer el sufrimiento que la dominaba, cerró los ojos y perdió la nación de todo.

En el otro departamento el profesor sentía los mismos efectos que Frida. Su salud débil sintió antes que nadie los efectos de la velocidad y quedó vencido, agotado, respirando con gran dificultad.

Turner en un principio pareció que podría sostener fácilmente la velocidad de la aeronave; mas al cabo de dos minutos quedó también desvanecido por la fuerte presión que sentía en el pecho. Antes de perder el conocimiento quiso gritar pidiendo auxilio, pero fué inútil. Apenas abrió la boca sintió como si sus pulmones se dilatasen extraordinariamente y no pudo articular más que una exclamación gutural.

Todo en el autocohete quedó en el más profundo silencio. Parecía que la aeronave llevase a su bordo unos cuantos cadáveres. Solamente Helius, dando prueba de su gran fortaleza física, se aferraba a la palanca de mando y seguía disparando cohetes. El momento era inminente. El menor descuido, el menor desfallecimiento por parte del joven, y todos estarían irremisiblemente perdidos. Sintió que las fuerzas le faltaban, que iba a caer como todos los demás, y estuvo a punto de soltar la palanca y declararse vencido. Mas, en aquel instante, el rostro de Frida, sonriente, parecía suplicarle misericordia. ¿Qué sería de ella si él no la salvase? Pensó ésto y haciendo un supremo esfuerzo atenazó con sus manos la palanca y dió salida a un nuevo cohete.

Llevaban cinco minutos de marcha, faltaban otros tres, que serían mucho más terribles que los pasados hasta entonces. Helius preparó otros dos cohetes y llamó a Hans, que estaba caído al lado suyo, diciéndole:

—Hans... Hans... haz... girar... la palanca... central.

Pero Hans no respondió. Se hallaba, como los demás, bajo el peso de aquella velocidad extraordinaria, y Helius comprendió que no podía contar con la ayuda de nadie. Tendría que ser él sólo el que salvase el aparato, sin poder confiar en nadie.

—Hans... la palanca... —volvió a decir pesadamente el joven.

Tampoco obtuvo respuesta. Miró angustiosamente el

reloj y vió que llevaba seis minutos de recorrido. ¡Cuánto sufrimiento en tan poco tiempo! ¡Aquellos seis minutos habían sido, para los pasajeros de la aeronave, seis minutos de angustia insostenible!

Comprendiendo que él también iba a sucumbir, hizo una nueva prueba. Sujetó con su cuerpo la palanca para que no perdiese el equilibrio el aparato y se dejó caer sobre ella, vencido al fin por aquella velocidad incalculable.

El autocohete seguía cruzando el espacio con su marcha horribilosa. Los dos cohetes preparados por Helius estallaron a su debido tiempo y transcurrieron, al fin! los ocho minutos de aquella velocidad acelerada.

Poco a poco el aire se hacía más respirable, y Helius volvió en sí el primero de todos. Antes que ocuparse de nadie, estabilizó la marcha del aparato y corrió inmediatamente a donde estaba Frida. Ella era su mayor preocupación en aquellos momentos. ¡Viviría? ¡Habría sucumbido a los efectos de la velocidad?

Cuando llegó a su departamento la vió desvanecida. Su cuerpo, de admirable arrogancia, permanecía caído, lánguido, casi dando con el suelo. La cama había descendido por efecto de la gravedad y sus correas habían cedido hasta casi rozar el pavimento. La tomó en sus brazos y aplicó el oído al corazón de la joven. Este latía normalmente y Helius quedó tranquilizado. Pero al sentir sobre él el calor perfumado de Frida, por todo

su cuerpo corrió una sacudida, como si hubiese chocado con una chispa eléctrica.

—¡Qué hermosa es!—pensó Helius—. ¡Cuánto te hubiera amado, Frida! Pero ya eres para mí algo imposible, algo que no existe, y solamente tendré que contentarme con tu amistad, pero una amistad que tendré que ir abandonando antes que este amor que siento sea mayor que mi voluntad...

La volvió a depositar en el lecho y sus labios iniciaron un beso, que fué a depositar en la frente de ella. Mas no tuvo tiempo. Frida abrió los ojos débilmente y al ver junto a ella el rostro de Helius sonrió dulcemente, a la vez que decía:

—Creí que me moría, Helius. ¡Qué sufrimiento más enorme he sentido!

—Ya le dije, Frida, que abandonase la idea de acompañarnos. Esta empresa es mucho más difícil de lo que se puede pensar.

—¿Abandonarles? preguntó extrañada Frida—. ¡Eso nunca! Lo que sea de uno, será de los demás. ¿Y los demás?

—Ahora voy a auxiliarles. Creo que todos han caído también bajo los efectos de la velocidad.

—Yo le acompañaré—exclamó Frida.

—De ningún modo—se opuso tenazmente Helius—. El peligro todavía no ha desaparecido del todo. Usted quédese echada un rato mientras yo voy en busca de los demás.

Salió Helius a cumplir lo que había dicho y llegó hasta donde estaba Hans. Este continuaba en el mismo estado. Fué preciso que Helius lo zarandease violentamente para que aquél volviese en sí.

Abrió los ojos desmesuradamente y exclamó:

—¡Crei que no volvería más a la vida, Helius! ¡Esto que hacemos es una locura, una locura que pagaremos con la vida!

—¿Te pesa el haber emprendido la aventura?—le preguntó, sonriente, Helius.

—¡Mucho!—confesó Hans—. Daría lo que no tengo por verme lejos de vosotros, por verme otra vez en la Tierra.

—¿Y Frida, la dejarías aquí?—preguntó Helius.

—Ella ama estas cosas—respondió Hans—. A ella le gusta lo imprevisto, lo emocionante; yo soy diferente... Tú tal vez no puedes comprenderme.

—Sí, Hans—contestó, sonriendo, Helius—. Te comprendo; te comprendo todo lo que dices y todo lo que piensas. Pero ahora ves por lo menos a ver a Frida. Ni siquiera has pensado que a ella le haya ocurrido algo.

El mismo Helius lo condujo a donde estaba la muchacha y tuvo que sufrir el cruel momento de ver cómo los dos prometidos se abrazaban.

Poco a poco todos los demás pasajeros fueron volviendo a la vida. Al recobrar el conocimiento miraban extrañados a su alrededor, como si volvieran de un

mundo lejano, completamente desconocido, y todos hacían la misma pregunta referente al lugar en que se hallaban.

—Estamos a varios miles de kilómetros de la Tierra—les respondía Helius—. Pronto estaremos a la misma distancia de la Luna que de la Tierra y cesará por completo la gravedad. Los cuerpos flotarán en el espacio y permaneceremos así durante algunos segundos.

—¿Tendremos que sufrir nuevamente la angustia de antes?—preguntó Turner.

Helius sonrió y le contestó:

—No tenga miedo, amigo. Aquello ya pasó por ahora. Nadie sentirá el menor malestar.

Miró el joven piloto hacia el cuadro de velocidad y exclamó de pronto:

—¡Alguien hay escondido en la cabina inferior! Vamos a registrarla!

Segundos después fué descubierto el atrevido polizonte. Era un muchacho de unos doce años, que al ver a Helius le sonrió, demostrando que ya le conocía de tiempo. En efecto, así era. El polizonte en cuestión se llamaba Gustavo y era el hijo del portero de la casa de Helius, gran amigo de éste y de Frida, a quienes quería entrañablemente.

La muchacha lo subió a bordo de la cabina principal y sentándolo en sus rodillas le preguntó cariñosamente:

—¿Qué es lo que te ha traído aquí, diablillo?

—¿A qué has venido?—le preguntó, a su vez, Helius.

—Toda mi vida—respondió el chiquillo—me han preocupado los problemas de la Luna, y pensé que nunca mejor que ahora para conocerla de cerca.

Por unos momentos el mal humor que sentían Turner y Hans desapareció con las ocurrencias del muchacho, que se convirtió desde aquel instante en poderoso auxiliar de Helius.

Por fin, éste anunció que iban a entrar en la zona ingravida. Donde los cuerpos dejarían de sentir la gravedad de la Tierra.

Así fué, en efecto. Antes de cinco segundos, Turner, que se hallaba de pie, se sintió elevarse tranquilamente hasta dar con su cabeza sobre el techo de la primera cabina.

Helius indicó las hendiduras que había en el suelo, y les dijo:

—Ahora, señores, si todos ustedes no quieren seguir el mismo camino que Turner, introduzcan sus pies en estas hendiduras y vayan andando, valiéndose siempre de ellas.

Cogió a Turner por los pies y lo hizo descender.

Todos siguieron las palabras de Helius y nuevamente quedó normalizada la estabilidad.

—¿Durará este fenómeno mucho tiempo?—preguntó Turner.

—Muy poco—respondió Helius—. En cuanto nos acerquemos más a la Luna, la gravedad volverá nuevamente a existir. Se debe esto a que la tracción de la

Tierra y la de la Luna son en este momento iguales, y, por lo mismo, ninguna fuerza vence a la otra.

En aquel instante Gustavo abandonó las hendiduras y subió, sin necesidad de escaleras, hasta donde estaban los demás. Helius lo volvió a colocar en el suelo y él se marchó a la cabina reservada para los documentos y mapas de la expedición.

Abrió el diario donde iba anotando todo el curso del viaje e hizo la siguiente inscripción:

«Diario de a bordo del autocohete Frida.»

Como se ve, hasta el nombre que Helius había dado al aparato era el de la mujer tan amada. Al escribir su nombre se detuvo pensando en ella y suspiró tristemente. Se pasó la mano por la frente, como queriendo ahuyentar de su pensamiento el recuerdo perenne de aquella mujer, y siguió escribiendo:

«A las doce horas treinta y seis minutos de marcha. El autocohete da la vuelta, yendo con el lado oscuro hacia el Sol, con el fin de acumular calor.»

Cesaron poco después los efectos de la zona ingravida y el autocohete continuó su marcha normalmente. Helius, a medida que iban avanzando, iba consignando en su «Diario de a Bordo» todas las incidencias del viaje en la siguiente forma:

«A las veinte horas. Todo va bien. Estamos a doscientos veintisiete kilómetros de la Tierra. Hemos cerrado los tubos de explosión y ascendemos sin fuerza

elevadora. Hemos pasado ya la zona sujeta a la ley de gravitación terrestre.

A las veintiséis horas cincuenta minutos hemos entrado en la zona sujeta a la tracción de la Luna.

A las treinta y cuatro horas cuarenta y cinco minutos. La velocidad aumenta incesantemente. Se ha establecido por completo la ley de gravedad.

A las treinta y cinco horas veinticinco minutos. El autocohete ha dado la vuelta, teniendo ahora dos tubos de explosión en la dirección del vuelo, a fin de evitar, por medio de explosiones de retraso, la caída prematura en la Luna.»

EN LAS PROXIMIDADES DE LA LUNA

Al autocohete seguía su vertiginosa marcha. Sus ocupantes, a medida que iban acercándose a la Luna, sentían la emoción del momento, y Frida, al ver cómo Helius se multiplicaba acudiendo a todas partes, sin olvidar el menor detalle, la menor maniobra, que pudiera haber sido mortal, sentía que su admiración hacia aquel hombre iba en aumento. Helius se encontraba solo. Nadie le ayudaba, pero él sabía suplir la falta de los demás y, fijo en su puesto, no perdía detalle.

A su lado Frida, le vigilaba constantemente, como si temiese por la vida de aquel hombre que a tan dura prueba se hallaba sometido.

—Ya no se ve la Tierra, Hans—le dijo Helius desde su puesto.

—¡La Tierra!—suspiró Hans—. ¡Nuestra Tierra!

—No temas—le animó Helius—. Volveremos a ella, y volveremos victoriosos.

—Es verdad—exclamó entusiasmada Frida—. ¿Qué importan todos nuestros sufrimientos, si logramos volver vencedores?

—¿Y qué habremos ganado con eso?—respondió disciplinadamente Hans.

—¡La admiración de todo el Mundo!—exclamó Frida.

—¡Bah, lo que me importa a mí la admiración de todo el Mundo!

La joven miró a su novio y sintió en aquel instante cierto desprecio hacia él. ¿Sería posible que no compartiese con ella la emoción de aquel instante?

En torno a Helius se hallaban los demás viajeros, cuando éste exclamó, al fin:

—Ahora... muy pronto... desembarcaremos.

—¡No desembarcaremos!—gritó Hans—. No estamos tan locos para eso.

—¿Quiere usted volver sin haber descendido a la Luna?—preguntó, extrañado, el profesor.

—Es que nadie quiere seguir su locura—respondió, agitadísimo, Hans.

—¡Lo que tiene usted un miedo que no lo puede ocultar! ¡Es usted un cobarde!

Hans se abalanzó sobre el viejo y tuvieron Helius y Frida que intervenir para que no sucediese algo peor.

—Hans, cálmate—le dijo Frida, regañándole dulcemente.

—No puedo—exclamó, abatido, Hans—. Este viaje nos volverá a todos locos. Convence tú a Helius. Dile que no tiene derecho a sacrificar nuestras vidas a su ambición... a su locura...

—Por Dios, Hans—volvió a decirle su prometida—. No es hora de disputar.

—¡Cerrad las ventanas!—gritó Helius.

Todo quedó herméticamente cerrado y el autocohete siguió su marcha, descendente en aquellos instantes.

—¡Hay que frenar a escape!—gritó Helius—. ¡Vamos a caer!... ¡Prevenidos!

Los corazones de todos latían con el ritmo acelerado de las grandes circunstancias. Pasó un segundo... dos... tres. Helius, aferrado a las palancas, seguía el acercamiento del nuevo planeta y en sus facciones podía adivinarse la emoción que en aquellos instantes le dominaba. Frida también comprendía que el momento era inminente. Tal vez necesitase Helius de la ayuda de alguien y esta idea no la dejaba apartarse de su lado.

El autocohete tomó una nueva dirección, se elevó un poco más y luego descendió en sentido contrario, con el fin de no perder la estabilidad. Un golpe seco imprimió cierta vibración al aparato y luego el bólido cayó pesadamente sobre un terreno nevado, quedando sepultado hasta su mitad.

Acababan de tocar el suelo de ese mundo, desconocido, de ese mundo alucinante que tantas miradas de ansiedad había arrancado a los hombres de la tierra.

LA VISION DE LA LUNA

Pasados los primeros minutos del aturdimiento producido por el choque violento del autocohete contra la Luna, todos corrieron a las ventanillas para examinar el paisaje que ante ellos se extendía. Desde su puesto, Helius ordenó imperiosamente:

—¡No abrir ninguna ventana!

Sin embargo, Hans no quería atender la indicación de Helius y tuvo Frida que decirle:

—Hans, ya sabes que antes de salir del aparato es preciso probar si hay atmósfera para nuestros pulmones.

—¡Déjame en paz!—le gritó Hans—. ¡A mí lo único que me interesa es volver a la Tierra!

—¿Entonces para qué te has comprometido en esta empresa?—le reprochó su novia.

Hans se la quedó mirando, y sin expresar en su mirada el menor sentimiento de afecto respondió:

—Lo que te digo, Frida, es que apenas tenga el aparato dispuesto para partir de nuevo, lo dispararé con rumbo a la Tierra, sin que Helius ni Mansfeldt puedan impedirmelo.

—¿Serías capaz de traicionar a Helius?—preguntó, asombrada, la joven.

Hans se encogió de hombros, y Frida siguió diciéndole:

—¿Serías capaz de traicionarme a mí?

Por toda contestación Hans fué a beber un vaso de agua, y mirando el depósito se lo enseñó a Frida, diciéndole:

—¿Lo ves? Vamos a quedarnos sin agua. Helius tendrá que preocuparse inmediatamente del regreso.

—Helius está convencido—siguió diciéndole ella—de que con la varita hallaremos agua.

—¿Sabes lo único que encontraremos en la Luna, Frida? ¡La muerte!

Ocultó la cabeza entre sus manos sometido a aquel pensamiento que le atormentaba, y Frida, sin preocuparse de él, salió hacia la otra cabina, donde estaba Helius. Vió que de sus manos manaba sangre, y la muchacha, sobresaltada, le preguntó:

—¿Qué le ha pasado, Helius?

El sonrió para quitarle importancia al incidente, y respondió:

—Nada de particular; ha debido ser con alguna palanca al tomar tierra. Una herida sin importancia.

—Si mana sangre de sus dos manos, Helius—volvió a decirle la muchacha—. Ahora mismo voy a curarle.

Llamó a Gustavo y le ordenó que le trajese del botiquín todo lo necesario para curar a Helius. Cumplió el

chiquillo el encargo y momentos después, con el mismo amor que si fuese una madre, Frida iba lavando y vendando las heridas que se había producido Helius. A medida que las curaba, Helius no apartaba la vista de su amada. La tenía ya cerca de él. Solamente con querer le hubiera sido fácil besar aquella cabecita adorable que inconscientemente se apoyaba a veces sobre sus hombros para poder curarle mejor.

El joven hacía esfuerzos extraordinarios para contener el deseo que le impulsaba a besar los cabellos de ella. Varias veces sus labios rozaron suavemente la seda de su cabello negro, pero otras tantas el respeto al amigo lo detuvo en su intención. Además, ¿sabía él si Frida le amaba? Lo más seguro es que no. ¿No se había prometido en matrimonio a Hans? Pues entonces, cuando así lo había hecho ella, era señal de que su corazón pertenecía a Hans.

Todas estas reflexiones se hacia Helius en aquellos momentos, cuando de pronto sintió que sobre sus manos caían unas gotas calientes. Miró instintivamente y vió que eran lágrimas de Frida.

—¿Qué le ocurre?—preguntó él alarmado.

—Nada—respondió ella—. Tonterías mías.

—Pero cuáles son esas tonterías?—preguntó de nuevo el muchacho.

—Que pienso en lo solo que lo han dejado durante el viaje. Gracias a usted podemos decir que vivimos.

Y ahora, cuando le curaba, pensaba en lo que ha debido sufrir.

Helius sonrió bondadosamente, agradeciendo aquel noble sentimiento de la joven, y procuró tranquilizarla diciéndole:

—No se apure, Frida. Por mucho que yo haya sufrido, por mucho que tenga que sufrir, todo me parecerá bien empleado y bien pagado con este momento que paso a su lado.

—¿Qué quería decir Helius con aquellas palabras? —pensó Frida—. ¿Acaso ella no había sabido comprender el silencio del joven? ¿La amaría tal vez Helius? Y si era así, ¿cómo ella no había sabido darse cuenta hasta este momento, cuando ya le era imposible corresponder a aquel sentimiento sin serle desleal a Hans, in faltar a la fe prometida?

Hubo en su mirada tal expresión de extrañeza, que Helius se vió obligado a rectificar su pensamiento, diciéndole:

—No se extrañe, Frida. Siempre hemos sido muy buenos amigos y ya sabe usted que para mí la amistad es el sentimiento más sagrado.

Pero, a pesar de su deseo de evitar toda sospecha, ya había dicho lo suficiente para que el corazón de Frida no adivinase lo demás. Calló, no obstante, y terminó de curarlo.

—Ahora—siguió diciendo Helius—hay que ver si

afuera hay aire respirable. Le diré al profesor que salga a investigarlo.

Fué a donde estaba su maestro y éste se ajustó una escafandra a estilo de los buzos y provisto de cerillas y de la varita que había de guiárle para encontrar agua. En cuanto salió del autocohete encendió una cerilla y vió que ésta se mantenía encendida. Aguardó unos instantes y volvió a encender la otra, y así hasta la tercera. En vista del buen resultado que dió su experimento, ya no dudó en quitarse la escafandra y gritar a los que quedaban en el autocohete:

—¡Ya podéis salir! ¡Hay atmósfera respirable!... ¡Yo voy en busca de agua!

Preparó la varita que había llevado consigo y guiándose por la dirección que ésta le marcaba la siguió, seguro de encontrar el precioso líquido.

Turner no estaba conforme con aquella marcha. Temía que el maestro encontrara el oro y que lo oculrase a los demás. Su ambición era tanta, que no pudo contener su deseo de acompañarlo, y dijo a los demás:

—Voy con él. Será mejor que vayamos los dos por si hace falta alguna ayuda. ¿Viene usted, Hans?

—No—respondió éste—; yo me quedo aquí.

Helius y Frida vieron cómo se alejaba el profesor seguido de Turner, y la muchacha le dijo:

—Parece como si la varita le trazara el camino.

Helius no contestó y se alejó con Gustavo para seguir consignando en su Diario la llegada a la Luna. En aquel

trabajo le auxiliaba el pequeño Gustavo, que no se separaba de su lado un instante.

Abajo quedaron Frida y Hans. Este seguía arreglando los desperfectos ocasionados en el aparato a su arribo a la Luna, y Frida se le acercó para decirle:

—¿Por qué no has querido seguir a Turner para ver de encontrar agua?

—Porque no quiero seguir a nadie—respondió agriamente Hans—. Ya estoy harto de tantas locuras. Basante trabajo tengo con reparar las averías del autocohete... para el regreso.

—¿Pero no piensas en los demás? Todos se sacrifican.

—Poco me importan los demás—exclamó Hans—. Lo único que me interesa es volver a la Tierra, de donde no debimos salir nunca.

Frida no quiso insistir, comprendiendo que su novio sólo pensaba en su salvación. Todo su egoísmo se mostraba en aquellas palabras, y comparando la sublimidad de Helius con el sentimiento tan opuesto de Hans, encontró a éste mucho más pequeño a sus ojos de lo que en efecto era.

Fué en busca de Helius y lo encontró dictándole a Gustavo sus últimas impresiones de aquel viaje. Sonrió angelicalmente al verse al lado de él y le dijo:

—¿Desde cuándo es su secretario Gustavo, amigo Helius?

—Desde que lo encontré en el aparato, me sirve admirablemente.

—¿Cree usted que tardarán en volver el profesor y Turner?—preguntó Frida.

—No lo creo así—contestó Helius—. Si han de encontrar agua, lo más que pueden tardar es cuestión de una hora... ¿Y Hans?

Frida bajó los ojos como avergonzada de la conducta de su novio, y respondió débilmente:

—Está arreglando las averías que se han hecho en el autocohete al descender.

Siguieron hablando del viaje que acaban de realizar, de las posibilidades de volver a Tierra, hasta que, al fin, Helius consultó su reloj y dijo:

—Ya hace tiempo que debían estar de vuelta el profesor y Turner. Su ausencia me intranquiliza algo y voy a ir a buscarlos.

—¿Quiere usted que le acompañe?—se ofreció Frida.

—No—respondió Helius—. No sé qué peligros puede haber detrás del aquellas montañas de nieve; lo mejor es que me espere usted aquí.

No obstante, Frida, provista de su máquina de tomar vistas, salió del aparato acompañada de Helius y juntos tomaron varias fotografías del paisaje que ante ellos se ofrecía. En verdad, nada podía ser más desolador; por doquier que se extendía la vista solamente inmensas llanuras de nieve se abarcaba, y en estas llanuras neva-

das se advertían grandes grietas, de una profundidad incalculable.

—¿Cree usted que este planeta puede ser habitable?—preguntó Frida, mientras hacía maniobrar la manivela de la máquina cinematográfica.

—Todo depende de que el profesor encuentre agua. Si hay agua, hay vida. Habiendo agua, habrá vegetación y podrá ser habitada la Luna.

—¿Y si no encuentran agua?—preguntó nuevamente Frida.

—Entonces no tendremos más remedio que volver inmediatamente a la Tierra, antes de que se nos acabe la poca que tenemos. Para las personas que somos apenas si habrá para quince días.

—Verdaderamente es una lástima—exclamó Frida—. En ese tiempo no tendremos espacio suficiente para explorar la Luna en toda su extensión.

—Ni tampoco podríamos hacerlo—siguió explicándole Helius—. Piense usted que nos hallamos al lado opuesto de la Tierra, al lado que jamás han visto los ojos de los más expertos astrónomos. Estos lugares para los habitantes de la Tierra son por completo desconocidos. Si nos acercáramos a la otra parte, tal vez allí no podríamos vivir.

—Y el oro que decía el profesor, ¿existirá aquí?—preguntó otra vez Frida.

—Todos los cálculos del maestro hacían suponer su

existencia. Ahora falta encontrarlo... y de eso ya se encargará Turner.

En aquel instante se acercó a ellos Gustavo, y Helius le dijo:

—Vamos, acompáñame a buscar al profesor.

Siguieron las huellas que éste había dejado por la nieve y emprendieron la marcha para saber la suerte que habían sufrido los dos expedicionarios.

ORO

Siguiendo las indicaciones de la varita construída por el profesor, éste se aventuró por aquella llanura. Pronto encontró unas rocas que le obstruían el paso, y por una de sus hendiduras se aventuró, sin saber el terreno que pisaba. La varita seguía indicando aquella dirección y el profesor la seguía ciegamente, seguro de su experimento. En efecto, al poco rato de andar en aquella especie de cueva, sus pies sintieron cierta humedad. No le cupo duda: allí había agua y ésta no tenía que estar lejos. Siguió andando, y minutos después unos charcos pantanosos le sumergieron hasta cerca de la rodilla. Allí estaba el agua, el elemento indispensable para que hubiera vida en la Luna, y el descubrimiento llenó su alma de una profunda alegría. Sus cálculos habían ido hasta la presente desarrollándose normalmente, sin que viniera a demostrarle que se había equivocado en ellos.

Sólo faltaba saber si, como él había presumido, en la Luna existía aquel oro que había previsto. Siguió andando y de pronto vió a su lado unos huecos en la tierra por donde muy bien podía introducirse el cuerpo de un hombre. Estaban cubiertos de agua y cualquier

descuido sería suficiente para caer en ellos y morir irremisiblemente. Cambió un poco el rumbo de su dirección y encontró otra especie de galería natural. Las piedras que formaban sus paredes tenían un color extraordinario, una brillantez extraña. Se acercó a ellas y del suelo tomó uno de aquellos cascotes de peña; pero al examinarlo no pudo contener un grito de júbilo: aquello era oro, el oro que buscaban tan ansiosamente.

Hasta él llegó entonces la voz de Turner que lo llamaba. Comprendió que aquel oro pertenecía por completo a aquel hombre y corrió, preso de una ambición inexplicable a su edad, temiendo de que el financiero pudiera quitarle el oro que él había recogido.

Desde fuera de la galería se oía sin cesar la voz de Turner, gritando:

—¡Profesor...! ¡Profesor Mansfeldt!

Pero éste seguía corriendo, sin ver siquiera el camino que recorría, preso tan solo en su deseo de defender aquel trozo de oro que llevaba en sus brazos. En su carrera desenfrenada no vió un gran pozo que había a sus pies y cayó en él. La codicia, la ambición tenía una víctima más. El sabio profesor que durante tantos años había asombrado al Mundo quedaría para siempre sepultado en aquel abismo misterioso, sin que nadie pudiera saber cual había sido su fin.

Turner en vista de que nadie le respondía, volvió nuevamente sobre sus pasos, pero en la galería por donde había entrado pudo apreciar el mismo fenómeno que

el profesor, examinó las peñas que la formaban y al comprobar que era oro, una idea criminal acudió a su mente: volver solo a la Tierra, sin necesidad de aquellos molestos viajeros. El conocía ya todos los resortes del aparato y en sucesivos viajes adquiriría riquezas fabulosas, sólo comparables con las mágicas leyendas de cuentos orientales.

Entre tanto, Helius y Gustavo siguieron avanzando para buscar al profesor, hasta que llegaron al sitio donde éste había desaparecido, vieron en el suelo la varita del sabio astrónomo y a su lado el pozo que abría su boca mortal y en él halló Helius la explicación de todo.

Triste por aquella desaparición volvió nuevamente hacia donde había quedado el autocohete en cuyas inmediaciones se desarrollaba en aquel mismo momento una escena demasiado trágica, entre Hans y el ambicioso financiero.

LA AMBICION DE TURNER

A la vista de aquellas inmensas riquezas, conocidas tan solo por los expedicionarios del autocohete, Turner concibió un plan maquiavélico, un plan para hacerse el dueño exclusivo de todo aquel oro.

Comprendió que de volver a la Tierra con alguno de aquellos seres, no tendría más remedio que entregar a la Compañía de quien era representante todos los datos necesarios para que en viajes sucesivos fuese transportándose a la Tierra aquel oro. Y él que se había expuesto en aquel viaje, que había estado a punto de perecer asfixiado solo tendría una ganancia muy relativa con respecto al importe de lo que la Luna contenía.

Pensó además ofrecer una gran cantidad a Helius para que no participase el descubrimiento al Consejo de la Compañía, pero pronto esta idea fué rechazada por él mismo, ante la seguridad de que Helius sería incapaz de faltar a su palabra.

Pesando el pro y el contra de todas las cosas, solamente dos soluciones le quedaban: la de hacer desaparecer a todos los que le habían acompañado, o bien aliarse con Hans, a quien creía más fácil de convencer.

Adoptó esta última resolución y cuando llegó nue-



- ¡Es usted un cobarde!

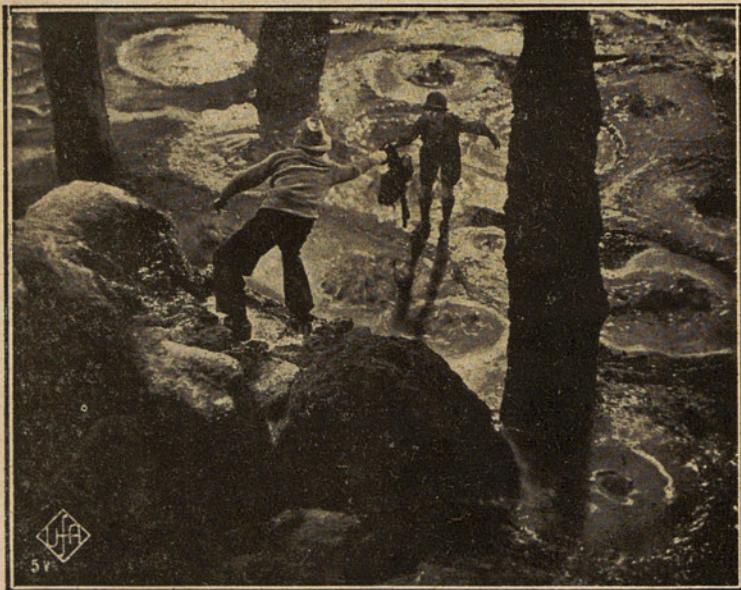


Por todas partes inmensas llanuras de nieve.



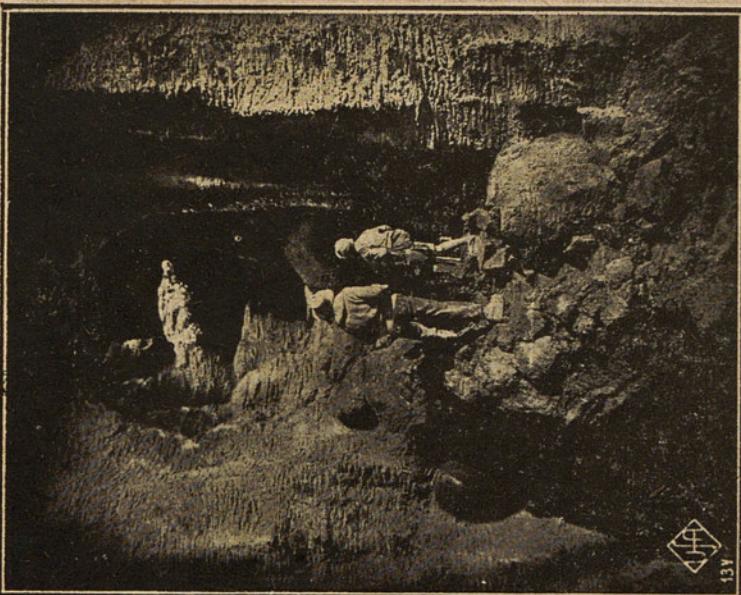
UF

- ¿Tiene usted alguna persona en el Mundo?



UF
5v

Empezaron los preparativos para el regreso



UF
13v



UF

Fué colocada una tienda de campaña.

Fué aquella una excursión inolvidable.



—¡Eso es una locura!



Podía espiar los movimientos de Helius

vamente, después de haber salido en busca del profesor, a donde estaba Hans le dijo:

—Amigo mío, tengo que hablar con usted de algo que le interesará mucho.

—¿De qué se trata?—preguntó Hans—. Porque he de advertirle que lo único que me interesa a mí en estos momentos es volver cuanto antes a la Tierra y abandonar este desierto planeta.

—Pues de eso precisamente es de lo que quiero hablarle. ¿Usted no ha salido de este lugar, verdad?

—No—respondió Hans—. He preferido quedarme aquí para arreglar algunas averías del autocohete y emprender inmediatamente el regreso a la Tierra.

—¿Y piensa usted volver solo?—preguntó intencionadamente Turner.

Aun cuando el miedo de Hans fuese mucho y su cobardía mayor, no por eso dejaba en el fondo de su alma de sentir cierto sentimiento de nobleza y guiado por él contestó:

—Volveremos todos, o por lo menos todos los que quieran volver.

—¿Y si Helius se opone?—preguntó de nuevo el financiero.

—Trataré de convencerlo, pero creo que esta vez no se dejará llevar por los consejos del profesor.

—Lleva usted razón—siguió diciéndole Turner—lo que en esta ocasión el profesor no podrá aconsejar nada

a Helius... El profesor ha muerto... Se ha caido a un pozo y no volverá más a la Tierra.

—¿Entonces a qué es debida su pregunta?—insistió Hans.

—Se trata sencillamente de un negocio, de un negocio fabuloso que lo haría a usted el hombre más fuerte de la Tierra. Aquí hay oro en cantidad suficiente para comprar el doble del que existe en la Tierra.

—¿Se ha encontrado oro?—preguntó Hans.

—Sí, el profesor ha sido el primero que lo havisto. Detrás de esa montaña de nieve hay una inmensa gruta en donde las rocas es oro.

—Sí—respondió tristemente Hans—pero todo eso pertenece a su Compañía.

—Hasta ahora sí, pero si nosotros no decimos nada a nadie, si al volver a la Tierra desmentimos la suposición de que en la Luna hay oro, podremos en viajes sucesivos irlo transportando a la Tierra. Conocemos todos los incidentes del viaje y ya no nos será nada difícil volver aquí.

—Pero Helius no querrá—contestó Hans—. Ha dado su palabra y jamás falta a ella. Por otro lado está Frida. ¿Cree usted que se avendría a una acción semejante?

—No debe importarnos ninguno de los dos. Preparamos el autocohete y volveremos solos a la Tierra. Ellos aquí, faltos de alimentos, no tardarán en morir, sin que nadie pueda acusarnos de su muerte.

Hans se lo quedó mirando e indignado por aquella proposición le dijo:

—¡Es usted mucho más miserable de lo que yo me suponía! ¡En cuanto venga Helius lo pondré al corriente de sus ideas para vigilarlo! ¡Ya no nos podremos fiar de usted!

—Usted no hará eso!—exclamó en tono amenazador el financiero—. La menor palabra que sobre este particular dijese, sería suficiente para que le costase la vida.

Hans se echó a reír burlonamente y contestó:

—No le temo Turner. Mi deber es dar cuenta a mis compañeros de sus propósitos y así lo haré. Allí viene Helius, ahora mismo iré a su encuentro, para que no le deje entrar más en el cohete.

Echó a andar, mas el financiero se abalanzó sobre él y se entabló entre los dos hombres una lucha a muerte. Hans viendo que las fuerzas del financiero eran mayores que las suyas comprendió que lo mejor era encerrarse en el autocohete hasta que llegase Helius y refirirle toda la conversación. Pero Turner luchaba frenéticamente por impedirlo, hasta que por fin llegó Helius y procuró distanciar a los dos hombres. Hans, dando un salto, se colocó cerca de la puerta de entrada del bólido y le gritó a Helius:

—No le dejes entrar en el proyectil, Helius, no le dejes entrar!

El financiero al verse perdido y antes de que Hans

pudiera decir nada disparó su revólver, al mismo tiempo que Hans, al verse atacado con un arma respondía en la misma forma.

La bala de éste dió en blanco hiriendo mortalmente a Turner y Helius corrió en su auxilio, pero comprendió que nada podía hacer en su favor, porque la vida se extinguía por momentos. En vista de ello, le preguntó:

—Tiene alguna persona en el Mundo a quien deseé que trasmitamos algún mensaje suyo..., cuando volvamos a la Tierra.

Turner sonrió haciendo una mueca de dolor y respondió:

—No volveréis a la Tierra ninguno de vosotros. Mi bala no iba contra ninguno de vosotros..., iba contra todos..., contra todos.

Helius no podía comprender las palabras del agonizante, pero Hans que había entrado dentro del autocohete se dió cuenta de su significado, al ver que algunos bidones de oxígeno se hallaban perforados.

—¡Los depósitos de oxígeno! —gritó desde dentro del autocohete—. ¡La bala ha perforado los depósitos de oxígeno!

Helius corrió dentro del autocohete para ver la forma de poder aun utilizar algunos de los bidones que habían quedado intactos.

Mientras él y Hans llevaban a cabo esta operación, el pequeño Gustavo se acercó a Frida y le preguntó:

—¿Qué significa eso de los depósitos de oxígeno, señorita Frida?

La muchacha acarició tristemente al chiquillo y respondió:

—¡Quiera Dios que no represente nada, hijito!

En el interior Helius y Hans seguían trabajando desnudadamente para contener el escape del precioso gas, sin el cual su vuelta a la Tierra era imposible.

Hans, comprendiendo que allí estaba su salvación, trabajaba ardorosamente, siguiendo cuantas indicaciones le daba Helius, hasta que una vez terminado, éste le dijo:

—¡Hemos perdido más de la mitad del oxígeno de reserva!

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó ansiosamente Hans.

—Quiere decir que eso significa el que uno de nosotros tiene que quedarse en la Luna, esperando la vuelta de la aeronave.

En el rostro de Hans se reflejó un gran desespero. En su egoísmo creyó que Helius le exigiría el que se quedara en la Luna, mientras él volvía a la Tierra. Llamó a Frida y cuando ésta llegó a donde estaban ellos, le dijo:

—Ese hombre ha roto algunos bidones de oxígeno y nos ha colocado en una difícil situación, Frida.

La joven miró interrogativamente a Helius y éste le dijo:

—Desgraciadamente es así. Hemos perdido mucho

oxígeno y se hace imprescindible que uno de nosotros se quede aquí esperando a que vuelvan a recogerlo.

—¿Y quién ha de ser el que se quede? —preguntó Hans, intranquilo.

—Sin duda, uno de nosotros dos. La suerte lo decidirá.

—¡Quedarse en la Luna! —exclamó desesperado Hans—. ¡Quedarse solo en estas llanuras de nieve, completamente solo...! ¿Sabéis lo que eso significa...? ¡Todo por no haberme querido escuchar!

—No hay más remedio, Hans —le dijo Helius—. No es hora de lamentaciones inútiles. Es preciso sobreponerse y pensar que solo es cuestión de días. El que vaya a la Tierra puede volver en seguida por el que aquí quede.

Hans no le contestaba, con la cabeza oculta entre las manos suspiraba tristemente pensando en lo difícil de la situación. ¡Si al menos fuese Helius el designado por la suerte para quedarse en la Luna! Pero estaba seguro de que no sería así, todo parecía ponerse en contra suya y también aquella vez sería él el desafortunado en el juego.

—Estás decidido a que la suerte decida quién de los dos ha de quedarse aquí, Hans? —le preguntó Helius.

—¿Qué remedio queda? —aceptó éste resignado.

Helius tomó dos trozos de madera y entregándoselos a Frida le dijo a su novio:

—Quien saque el palo largo gana. Repetiremos el juego tres veces.

Frida fué la encargada de echar la suerte y Hans sacó el primero. Tuvo suerte en aquella ocasión y sacó el palo más largo. Mas en las sucesivas fué Helius el afortunado y Frida para consolar a su novio tuvo un rasgo de heroísmo y le preguntó:

—¿Serías más feliz... si me quedase yo aquí... contigo?

Poco le importaba en aquel instante a Hans el sacrificio de Frida. Su egoísmo se anteponía a todo otro sentimiento y confesando el verdadero sentir, respondió:

—Solo sería feliz... volviendo a la Tierra.

Una vez más la exquisita sensibilidad de Frida se vió defraudada con la contestación de su novio, que dejaba ver claramente que solamente se amaba a él mismo. Y una vez más pudo admirar la nobleza de Helius, que en toda ocasión sabía dar muestra de su abnegación por los demás.

LOS PREPARATIVOS PARA LA MARCHA

Desde aquel instante empezaron a hacer los preparativos para el regreso. Hans, apenas si intervenía en ellos. Su desespero había llegado al máximo y no se cuidaba de nada.

Del aparato fué extraída una pequeña tienda de campaña y colocada cerca de él. Esta sería la casa que serviría para cobijar a Hans mientras esperaba el retorno de Helius, si es que volvía.

Se tomó la mayor parte de víveres que aun quedaban y fueron colocados también en la tienda levantada. Los depósitos de agua fueron trasladados también y al cabo de algunos días todo quedó preparado para el retorno.

Mientras esperaban el momento de partir, Helius y Gustavo se internaron en la Luna, esta vez acompañados de Frida. Para la joven fué aquella excursión inolvidable. Sus preguntas llenas de ingenuidad se sucedían simultáneamente y Helius, con una precisión matemática iba contestando a todas.

También él nunca podría olvidar aquella excursión. A medida que pasaban los días se sentía más atraído hacia Frida, cada vez podía más en él la pasión que ella

había sabido despertar y su constante presencia avivaba el fuego de aquel amor que Helius comprendía imposible.

Pronto la conversación de los excursionistas recayó en la vuelta a la Tierra y Frida le preguntó:

—¿Cree usted que podrá volver pronto por Hans?

—Si no tuviera esa seguridad—respondió Helius—le aseguro que no consentiría que él se quedase.

—¿Y podré volver yo también?—preguntó nuevamente Frida.

—En esta ocasión—le contestó Helius—me opondré resueltamente a que haga usted el viaje.

Ella lo miró extrañada y él siguió diciéndole:

—Comprenda usted que las penalidades de esta aventura es para pasarla una sola vez, pero para no repetirla.

—¿Y usted volverá solo, sin ninguna compañía?

Helius bajó la cabeza asintiendo y Frida, dejándose llevar por el impulso de su corazón se acercó a él y le dijo:

—¡No, Helius! ¡Usted no puede volver solo...! ¿Quién le ayudará...? ¿Quién curará sus heridas?

Los ojos de los enamorados hablaban mucho más eloquientemente que sus labios. Eran sus corazones, sus almas enteras las que se aproximaban en una mutua comprensión del otro e insensiblemente iban acercándose, como buscando el contacto de los dos cuerpos. Era una fuerza superior a todas, una atracción imposible de resistir. Helius levantó los brazos como para estrecharla contra su pecho, pero en aquel momento la

llegada de Gustavo, detuvo su acción y bajó la vista como avergonzado de sí mismo.

Emprendieron el regreso, un regreso triste, casi sin hablar ninguno de los dos. Cada uno de ellos llevaba clavado en su mente un mismo pensamiento, un mismo sentimiento que se profesaban. Pero entre ellos, la sombra de Hans se interponía como un fantasma maléfico y los separaba friamente.

Antes de llegar al lugar donde estaba el autocohete, ida volvió a preguntar:

—¿Cuándo cree usted que podremos salir?

—Todavía tardaremos algunos días—respondió Helius—. Hay que esperar el plenilunio para que la ley de gravedad exista.

—¿Y el lanzamiento del cohete, será en la misma forma?

—Solamente habrá una diferencia—explicó Helius—. Hay que no necesitamos de ningún estanque de agua para sumergir el cohete. Su posición actual es la necesaria para que se lance al espacio. Al caer en la Luna se ha sepultado casi su mitad en la nieve y solamente tendremos que aumentar el número de disparos para que pueda remontarse.

—Entonces la vibración en su interior será tremenda?—siguió inquiriendo Frida.

—Mucho mayor que en la Tierra. Arrancar de un cuerpo líquido siempre es más fácil que de otro sólido.

—¡Pobre Hans!—suspiró tristemente Frida—. Da lástima ver su estado.

—Verdaderamente ha tenido poca suerte—respondió Helius—. Crea usted que hubiese preferido ser yo el designado por la suerte.

—No lo comprendo.

—Sencillamente, porque Hans tiene muchas ilusiones que realizar, mientras que...

Ella lo miró alentándolo para que prosiguiera y Helius terminó su pensamiento diciendo:

—...mientras que las mías son irrealizables...

—¿También tiene usted ilusiones?—preguntó intencionadamente Frida—. ¿Acaso le espera algún amor en la Tierra?

—Nada de eso—constestó Helius—. Nunca tuve ningún amor. Ya sabe usted que toda mi vida la dediqué a llevar a cabo este viaje. Hasta ahora lo he visto realizada en parte, pero, sin embargo...

—Sin embargo, qué...?—preguntó Frida.

—Todavía creo que hay algo más por hacer en mi vida. Tal vez sea amor lo que me falta o sea nostalgia lo que siento, por verme otra vez entre los míos.

—¿Y no ha pensado usted nunca en ninguna mujer?

—Pensar..., pensar he pensado muchas veces... Siempre en la misma. Se me aparece como si fuera un sueño, algo irrealizable, algo químérico que jamás llegaré a conseguir.

Habían llegado al lugar donde estaba el cohete. En

la puerta vieron a Hans que como siempre se hallaba sumido en sus profundos pensamientos.

—¿Más animado?—le preguntó Helius sonriendo.

—Animado, por qué?—preguntó agresivo Hans—. ¿Porque me quedo en la Luna?

—Pero piensa que Helius ha prometido que vendrá a buscarme inmediatamente—le dijo Frida.

—Yo solo pienso en la soledad en que me quedo. Dentro de unos días todos habréis marchado y yo solo quedaré aquí, ¡sabe Dios hasta cuándo!

—No, Hans—respondió Helius—. Ten la seguridad de que tu permanencia en la Luna no será muy duradera. El camino a seguir ya lo hemos trazado. Ya solo falta volver a recoger el oxígeno necesario. Una vez tengamos esto nada impedirá el que se pueda venir a este planeta.

—Si tuvieras que quedarte en lugar mío, ya verías como no te mostrabas tan optimista. El dolor ajeno nunca produce tanta sensación como el propio.

—No lo creas, Hans—exclamó decidida Frida—y para que veas que no existe ese egoísmo que supones, yo me quedaré contigo hasta que vuelva Helius.

—¡Eso es una locura!—exclamó Helius—. ¡Usted debe venir a la Tierra!

—¿Ves como no es tan fácil volver?—exclamó Hans. —Tú mismo no sientes toda la seguridad que dices. Esta aventura ha sido la más descabellada que se conoce, pero bien cara me la hacéis pagar.

Helius no quiso seguir la discusión. Comprendió que

con un ser cuyo estado de ánimo está fuera de lo normal todo razonamiento es inútil. Entró al interior del autocohete y se encerró en su cuarto de estudio.

En su soledad volvieron nuevamente a él las palabras de Frida de aquella tarde. Otra vez la hermosa visión de la mujer amada se ponía ante él, como si quisiera ofrecérsele.

Recordó que ella se había ofrecido a quedarse con Hans y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Conocía el carácter de Frida y estaba seguro de que no dudaría un instante en sacrificarse en aras de los demás.

—¡Seria horrible!—se dijo interiormente—. ¡Es preciso que yo lo evite a toda costa! ¡Frida debe volver a la Tierra, ser feliz con el amor de Hans! ¡Seré yo el que me quede aquí!

A nadie le dió cuenta de aquella decisión adoptada en aras del amor que sentía por Frida y esperó tranquilamente que llegase el día en que la aeronave debía emprender el regreso a la Tierra.

—Por el abuelo! Esta noche en el cielo se ven las fases de la Luna. La Luna es un planeta. —Obedeciendo sus deseos, el muchacho se acercó a la ventana y vio que el astro no se movía en la sencillez de los cielos, sino que giraba.

LA AYUDA DE GUSTAVO

Como decíamos en otro lugar, el pequeño Gustavo se había convertido en compañero inseparable de Helius. Este durante los días que habían estado en la Luna le había ido enseñando todo el manejo del aparato y el muchacho con esa intuición propia de la niñez se iba dando cuenta de todo, con una precisión admirable.

Los días seguían transcurriendo en la Luna sin que nada anormal viniera a cambiar la vida de los expedicionarios.

Helius se había encerrado en su cuarto de estudio y solamente salía a hacer algunas investigaciones y exploraciones por el nuevo planeta. Era una vida monótona, triste, con esa tristeza que pone en las almas los días continuos sin sol. La existencia en la Luna parecía estar condenada a aquella semioscuridad, pasando del día a la noche, casi sin darse cuenta.

Las relaciones entre Frida y Hans iban enturbiándose poco a poco, debido al carácter absoluto que éste demostraba.

Una tarde Frida se acercó a él y le dijo confidencialmente:

—He pensado una cosa, Hans.

Hans la miró interrogativamente y la joven siguió diciéndole:

—He decidido quedarme contigo aquí, hasta que Helius vuelva.

—¿Y crees que con eso animarás algo mi soledad?— respondió discípulo Hans—. Mi deseo no es de tener compañía solamente, mi deseo es volver a la Tierra, salir de este desierto, donde parecemos enterrados vivos.

—Yo creí que estando conmigo se te haría más grata la estancia aquí—le reprochó la joven.

—Pues ya ves que no—respondió Hans—. No agradeceré tu sacrificio, si es que lo haces. Si algo quieres hacer en favor mío, influye cerca de Helius para que sea él el que se quede en mi puesto.

—¿Y serías capaz de aceptar su oferta?—preguntó extrañada la joven.

—¿Por qué no?—exclamó Hans—. ¿No ha sido él el que más ha influido en este viaje? ¿No ha sido Helius, quien no quiso seguir mi consejo de salir de aquí inmediatamente?

—Pero Helius tenía que estudiar la Luna—respondió ella—. Tenía que ver si era verdad que encerraba los tesoros que decía el profesor.

—Para lo que nos van a servir esos tesoros!—dijo Hans—. Ya has visto las consecuencias. El profesor murió en un pozo, huyendo con un trozo de oro, Turner ha muerto también por la ambición... y yo moriré abando-

nado de todos... ¡si yo hubiera aceptado la proposición de Turner!

—¿Qué dices, Hans?—exclamó Frida—. ¿Hubieras sido capaz de traicionarnos?

—¿Acaso lo que Helius pretende hacer conmigo no es también una traición? ¿No piensa marcharse y dejarme a mí?

—Por la fuerza de las circunstancias... Además ha sido la suerte la que lo ha decidido.

—La suerte... o la «casualidad»—murmuró Hans.

—¿Quieres decir que yo acaso tenía interés en que fueras tú el que se quedara?

—Yo no digo nada. Solamente digo de que siempre ha de tener él razón para ti.

—Es lo único que no te puedo tolerar—exclamó Frida indignada—. Nadie tiene derecho a dudar de mí y menos aun tú. Pero piensa que entre los dos todo ha terminado. Nuestro compromiso matrimonial ha terminado desde este instante.

—Puedes hacer lo que quieras—respondió indiferente Hans—. Después de todo no es la Luna sitio más a propósito para el amor.

—¡Está bien, Hans!—terminó diciendo Frida—. Esas serán nuestras últimas palabras.

Cuando iba a alejarse apareció en la puerta de la aeronave Gustavo, y Frida acercándose a él le preguntó:

—¿Dónde vas tú solo?

—Iba a dar un paseo. Helius dice que no quiere salir.

—Yo te acompañaré—exclamó Frida—. Necesito pasear...

Se alejaron los dos y cuando llevaban algunos metros andando, el pequeño, como quien tiene un rápido pensamiento exclamó:

—¿Es verdad, señorita Frida, que se va usted a casar con el señor Hans?

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó sonriendo la joven.

—Helius me lo ha contado. Además cuando me envió a su casa con el ramo de flores, parecía que no estaba muy alegre.

—¿Y qué es lo que te ha dicho Helius?—inquirió Frida.

—Me ha dicho que usted era la mujer más hermosa del mundo y la más buena, pero siempre que habla de usted se pone muy triste.

—¿Y tú no sabes por qué?

—No—respondió ingenuamente el muchacho—pero si usted quiere puedo preguntárselo.

—No—exclamó Frida—no le digas nada de lo que hablamos.

El chiquillo se la quedó mirando y con graciosa precocidad le dijo :

—¿Sabe usted que estoy pensando una cosa, señorita Frida?

—Veamos qué es lo que piensa esa cabeza de pájaro—respondió bondadosamente la muchacha.

—Pues estoy pensando que ya sé por qué Helius se pone tan triste cuando habla de usted. ¿Será tal vez que él quiere casarse con usted y le da pena su boda con el señor Hans?

—No digas tonterías, chiquillo—respondió intentando sonreír ella.

—No son tonterías, señorita Frida. Muchas veces cuando he entrado en el cuarto de estudio lo he sorprendido llamándola. Además en su casa tenía muchos retratos tuyos... ¿Por qué no le quiere usted a él y deja al señor Hans?

—Porque eso no puede hacerse—respondió Frida, sin querer dar al muchacho ninguna clase de explicaciones.

Durante todo el tiempo que duró el paseo Frida no pudo apartar de su mente la conversación sostenida con el muchacho. Estaba convencida, ahora más que nunca, de que Helius la amaba y al sentirse amada por el hombre que había sabido despertar su corazón al verdadero sentimiento del amor, sintió que su alma se ensanchaba de felicidad.

Algunas horas después, al volver a la aeronave, Frida corrió en busca de Helius y le dijo:

—¿Cómo van sus estudios...? Hoy apenas si se ha dejando usted ver por nadie. Gustavo está muy disgustado con usted, porque no ha querido acompañarlo y he tenido que hacerlo yo.

—Así ha salido ganando él—respondió Helius.

—Me parece que a él le gusta más su compañía que

la mía..., a él y a cualquiera, por ejemplo..., a usted— exclamó intencionadamente Frida.

—¿No sé por qué hace usted esa suposición?—preguntó Helius.

—Porque se ve fácilmente en el retraimiento. Yo creo que si seguimos muchos días aquí terminaremos todos locos... ¿Y usted no lo cree?

—Yo no—respondió Helius—porque dentro de poco podremos volver a la Tierra. ¿Qué dice Hans?

—Está cada vez más irritado. Hoy hemos tenido un gran disgusto, porque yo le propuse quedarme con él.

Aquella proposición afianzó más en Helius la idea de que Frida amaba a su amigo y el pensamiento que venía acariciando, tomó fuerza en su mente. No dijo nada a la joven pero esperó a que llegase la noche con el fin de que los acontecimientos se desarrollasen.

Helius había tomado la decisión de quedarse él en la Luna. Lo hacía a gusto con tal de conseguir la felicidad de Frida, que él creía la encontraría en el amor de Hans y aquella misma tarde llamó a Gustavo y le dijo:

—Gustavo, vas a demostrarme que eres digno de mi amistad, haciendo lo que yo te diga.

—Yo haré cuanto usted me mande—respondió decidido el muchacho.

—Pues entonces, esta noche cuando todos estén durmiendo, tú darás a la palanca de marcha del autocochete y volveréis a la Tierra.

—¿Y usted?—preguntó el muchacho.

—Yo me quedaré en el lugar de Hans. Es preciso que él vuelva antes que yo.

—Entonces, no cumpliré su orden—respondió resueltamente Gustavo—. A usted le ha tocado la suerte de venir con nosotros y no puede quedarse.

—¿Qué más da?—respondió Helius—. Lo que importa es volver a la Tierra.

—Pero sin usted no volveremos—insistió el muchacho—. Además si se lo propone usted al señor Hans, no aceptará.

Tanto el uno como el otro ignoraban los sentimientos de Hans, de haberlo sabido, seguramente que Helius no hubiera tomado tantas precauciones, para que no impidiesen su deseo.

—Pues por lo mismo que el señor Hans no aceptaría, es por lo que te he elegido a ti para que cumplas mis órdenes.

El muchacho seguía moviendo la cabeza, y Helius procuraba convencerlo, sin resultado alguno. Al fin Gustavo, como dando una solución al asunto exclamó:

—Bueno, yo haré lo que usted me mande, pero ha de ser con el consentimiento de la señorita Frida.

—No—exclamó inmediatamente Helius—. Ella no debe saber nada de esto, ni tú le debes decir nada... ¿Lo entiendes bien? ¡Te prohíbo que le digas nada!

—Pues entonces yo no pondré en marcha la palanca—se obstinó el muchacho.

—¿Y esa es la ayuda que tengo yo en ti? ¿Así es como quieres a la señorita Frida?

—Pues por eso—contestó el chiquillo—porque la quiero y sé que ella no querria es por lo que me niego.

—No lo creas—intentó convencerlo Helius—. Frida ama al señor Hans y justo es que los dos vuelvan juntos. Hazlo por ella. ¿No comprendes que se moriría, si le sucediese algo a su novio.

Gustavo no estaba muy convencido, pero en vista de aquella razón consintió en cumplir la orden de Helius.

Ninguno de los dos se había dado cuenta que detrás de la puerta se hallaba Frida y que sin querer había oido algunas palabras de la conversación que acababan de sostener. Pero cuando salió Gustavo, se lo llevó Frida a su departamento y le dijo:

—¿De qué hablabas con Helius?

—No se lo puedo decir—respondió el muchacho.

—¿Por qué?—inquirió ella—. ¿Acaso ya no eres tan buen amigo mío?

—Si yo la quiero a usted mucho, señorita Frida, pero me ha encargado que nada le diga.

—Pero él no se enterará de que tú me lo has dicho. Yo te prometo guardarte el secreto.

Gustavo dudó unos instantes y al fin preguntó ingenuamente:

—¿De veras que no me descubrirá?

—Te lo prometo—respondió Frida—. Sea lo que sea te prometo no descubrirte.

—Pues todo se lo diré.

Se acercó a la puerta mirando recelosamente, por si acaso estaba cerca Helius y una vez convencido de que nadie le oía, empezó diciéndole:

—Me ha encargado que esta noche, cuando todos estén dormidos, que haga funcionar la palanca de arranque.

—¿Y por qué no lo hace él?—preguntó ella extrañada.

—Pues porque no viene con nosotros—respondió el chiquillo.

—¿Que Helius no viene con nosotros? ¿Acaso no le favoreció la suerte?

—Eso mismo le he dicho yo, pero él se ha negado. Además estoy seguro que lo hace por usted..., solamente por usted.

—¿Por mí...? ¿Teme acaso que yo me quede con Hans?—preguntó Frida.

—No, lo que teme es que se quede usted sin él—respondió picarescamente el muchacho.

Frida empezaba a comprender algo de lo que significaban las palabras de Gustavo, pero no obstante siguió inquiriendo de éste y el muchacho continuó explicándole:

—Dice que usted ama al señor Hans y que se moriría si le pasase algo y por eso ha decidido tomar su puesto.

—¿Y dices que va a ser esta noche, cuando partamos para la Tierra?—preguntó nuevamente Frida.

—Sí, así me lo ha dicho. Creo que tiene ya todo preparado, para que cuando yo haga funcionar la palanca, el autocohete se remonte.

—Bueno, está bien—terminó diciendo Frida—. Haz lo que él te ha dicho, pero no digas nada de nuestra conversación.

—Ni usted tampoco, ¿verdad?—preguntó el muchacho—. Acuérdese de que me lo ha prometido.

—Te lo he prometido y te lo vuelvo a prometer—le contestó Frida tranquilizándolo.

Algunas horas después, aquella misma noche, Helius reunió a Frida y Hans, a quienes les dijo:

—Amigos míos, ha llegado ya el momento de nuestro regreso. Cuando sean las doce de la noche el autocohete «Frida» volverá otra vez a la Tierra.

El rostro de Hans adquirió una palidez cadavérica. Veía acercarse el momento de la separación y su miedo era terrible. Helius, aun cuando advirtió aquella palidez, no hizo mención a ella, sino que quiso seguir animando la reunión y propuso:

—Ya que esta es la última noche que estaremos en la Luna justo es que nos despidamos de ella con algo extraordinario. Voy a preparar unos «cok-taills».

Entró al departamento donde estaban los víveres y llenó tres vasos de una bebida preparada por él. Luego sacó una botellita que llevaba guardada y arrojó una porción del líquido que contenía en los vasos destinados a Frida y a Hans.

Su intención era de que los dos quedasen narcotizados durante unas horas, las precisas para que el proyectil fuese lanzado al espacio y de esta forma no se dieran cuenta de que él se quedaba en la luna.

Pero Frida lo había seguido y había visto su operación sin que él se diera cuenta y cuando volvió nuevamente ya encontró a la joven en el sitio donde había quedado antes de su marcha.

—Bebamos por nuestro regreso a la Tierra—exclamó Helius.

Hans rechazó la copa que le ofrecía diciéndole:

—Yo no tengo por qué beber. Yo no soy el que regresa a la Tierra.

—Pero regresa Frida—respondió Helius—y en su honor hemos de beber todos.

Aceptó por fin la copa que le daba Helius y de un sorbo vació su contenido. Frida más precavida esperó a que Helius estuviera bebiendo para arrojar disimuladamente el líquido, esperando a ver el resultado que causaba en Hans aquéllea.

Su acción no se hizo esperar mucho tiempo, puesto que apenas había transcurrido media hora cuando Hans exclamó:

—Creo que estoy enfermo, Helius.

—¿Por qué?—preguntó súbito el joven.

—Siento una pesadez muy grande en la cabeza..., algo así como si estuviera borracho.

—¡Bah!—le contestó sonriendo Helius—eso se te qui-

tará durmiendo un poco. Acuéstate y verás qué pronto pasa. Tienes los nervios demasiado excitados.

Hans siguió el consejo de su amigo y al poco rato dormía profundamente.

—Yo también siento una gran pesadez—dijo Frida.

Helius fingió una alegre risa y le respondió:

—Creí que eran ustedes más fuertes. Sin duda mi bebida les ha hecho un efecto desastroso.

—No sé si será la bebida—respondió ella—pero lo cierto es que mis miembros parecen que no tienen fuerzas para sostenerme... ¿Me recomienda usted lo mismo que a Hans?

—Yo creo que es lo más acertado—respondió Helius.

—Acuéstese y a ver si cuando despierte nos encontramos ya en la Tierra.

Ella le sonrió despidiéndose y entró a su camerino. Sin embargo no cerró la puerta del todo, de forma que sin ser vista, pudiera espiar los movimientos de Helius.

Al poco rato, cuando Helius creyó que todo el mundo estaba dormido le dijo a Gustavo:

—No olvides ninguna de mis órdenes. Tú haz girar la palanca, la tremenda conmoción del disparo los despertará y entonces Hans tomará el mando de la aeronave.

El chiquillo bajó la cabeza tristemente, dolorido por tener que dejar allí a su amigo y Helius sacó de uno de sus bolsillos una carta que colocó en la mano de Hans,

para que éste pudiera leerla cuando despertara. Decía así:

«Querido Hans: Sé que no me abandonarás, como yo no he querido abandonarte. Confío tranquilo en tu regreso, para conducirme a la Tierra. Saluda en mi nombre a Frida. Tu amigo
Helius.»

Recogió luego algunos objetos que creyó indispensables para su permanencia en la Luna y saltó del autocohete. Todavía faltaba cerca de una hora para que fuese la hora indicada a Gustavo, y aquel espacio de tiempo pareció a Helius interminable.

De cuando en cuando miraba su reloj de pulsera, como si con la vista hubiera querido detener aquellas dos aspas que avanzaban paulatinamente. Ya solo faltaban unos minutos para que la aeronave partiese con dirección a la Tierra, unos minutos más y sus compañeros se hallarían a miles de kilómetros separados de él.

Miró hacia el autocohete, que como un gigante elevaba hacia el espacio su silueta de acero y sus ojos corrieron nuevamente hacia el reloj. Faltaban solo cinco segundos para el momento definitivo, cinco segundos que pasaron con la rapidez del relámpago.

De pronto un estallido imponente atronó la nevada llanura, un silbido continuo siguió a la detonación y la aeronave se desprendió de su base remontándose hacia lo infinito.

Como había previsto dentro de él la tremenda sacu-

dida despertó a Hans que exclamó al ver junto a la palanca a Gustavo:

—¿Qué has hecho muchacho? ¿Has disparado el proyectil?

—Sí, señor—respondió el chiquillo—. El señor Helius me lo ha mandado.

Entonces fué cuando se dió cuenta de la carta que con la trepidación había caído al suelo y la recogió. Leyó su contenido y exclamó:

—Helius siempre sabe cumplir hasta el último momento, pero yo juro que también sabré corresponder a su sacrificio.

Sin decir más ordenó los resortes del aparato y dejando en ellos a Gustavo entró a dar cuenta a Frida de la carta que le había dejado Helius y de su abnegación por salvarlos.

El sacrificio de Helius bien merecía tener una recompensa, una recompensa que fuese tan grande como lo había sido su acto heroico. Pero para ello hacía falta que otra alma, tan noble como la suya, lo pudiese comprender y premiar.

Al cabo de un rato, cuando ya la aeronave se había perdido en el espacio, Helius volvió la cabeza y quedó sorprendido por la visión que tenía ante sí. ¿Era aquello posible...? ¿Sería verdad que Frida había renunciado a volver a la Tierra, sólo por estar con él? Casi sin poder dar crédito a lo que veía fué acercándose a donde

estaba la muchacha que le sonreía dulcemente y exclamó finalmente:

—¡Frida!

—¡Helius!—respondió ella corriendo a donde estaba el joven.

No tuvieron necesidad de decirse nada, fueron sus corazones los que hablaron pero sin que ninguno se diera cuenta se encontraron estrechamente unidos en un tierno abrazo y Helius le decía:

—¡Frida, mi Frida...! ¡Es posible que sea verdad esto!

—¡Sí, Helius!—respondió la muchacha—. ¡Te amo, te he amado siempre, pero tú nunca te diste cuenta de ello. Tus estudios te retenían por completo y luchaba contra ellos sin poderlos vencer.

—Perdóname, Frida—contestó el joven—he estado ciego, no viéndolo ...

Mas un doloroso pensamiento le asaltó en aquel instante, se acordó de que aquella mujer estaba prometida a su amigo y exclamó:

—¿Y Hans?

—No te preocunes—contestó ella—. Hans no me ama, no me ha querido nunca. Ya ves como no pensaba en otra cosa que en volver a la Tierra. Ni aun mi sacrificio en quedarme con él le satisfacía. Además ayer rompimos nuestro compromiso. Soy libre, completamente libre, Helius.

Un nuevo abrazo puso fin a estas palabras. Pero He-

lius sintió la curiosidad de saber cómo la joven había adivinado su plan y ésta le explicó la conversación que había tenido con Gustavo.

—Por la noche—siguió diciéndole—tu fingida alegría hizo que confirmara aun más las palabras del muchacho y cuando fuiste a llenar los vasos yo te seguí.

—¿Expiabas mis pasos?—preguntó amenazándola cariñosamente Helius.

—Claro está—respondió ella—. Temía que hicieras alguna tontería y no quería dejarte solo. Vi como echabas el narcótico en el vaso de Hans y en el mío. Pero yo no lo bebí y fingí aquel malestar para que nada sospechases y no pudieras obligarme a marchar. Luego esperé y vi que dejabas a Hans una carta y que salías de la aeronave.

—¿Y tú me seguiste?—preguntó Helius.

—No, aun esperé algún tiempo, hasta que vi que te alejabas hacia aquí. Creí que había llegado ya la hora y entonces salí de la aeronave.

—Pero, ¿y la puerta?—preguntó asustado Helius—. ¿Has dejado la puerta abierta?

—No te inquietes—lo tranquilizó Frida—. Gustavo es un excelente auxiliar y gracias a él todo ha salido maravillosamente. Ahora deben estar ellos camino de la Tierra, mientras que nosotros nos encontramos...

—¡Camino de la gloria!—terminó diciendo Helius, sin soltarla de sus brazos.

—Además—siguió diciéndole Frida—. Estoy segura de que Hans volverá por nosotros. ¿No lo crees así?

—Sí—exclamó convencido Helius—. Hans volverá, tiene que volver. Si no lo hiciera sería el ser más miserable que existe.

—¿Y entonces...?—preguntó sonriente Frida.

—Entonces regresaremos a la Tierra, anunciaremos nuestro matrimonio y disfrutaremos de la felicidad que tan bien hemos ganado.

La aeronave seguía cruzando el espacio en su marcha hacia la Tierra dejando tras ella a los que no necesitaban otra cosa para ser felices que el amor que los unía.

Hans, al comprobar la falta de Frida, comprendió la verdad de todo y se dijo:

—Lleva razón Frida. Helius se la merece mucho más que yo. Volveré por ellos y yo mismo seré el que los conduzca a la Tierra para que puedan disfrutar de la dicha de ese amor.

Gustavo miraba a Hans hablar en voz baja y creyó que éste había perdido la razón, hasta el punto que se acercó a él y le preguntó:

—¿No está todavía usted bien, señor Hans?

—Sí, pequeño—respondió aquél sonriendo—. Nunca he estado mejor que ahora.

—Entonces—siguió diciendo el muchacho—¿por qué habla usted solo?

—Son cosas que tú todavía no puedes comprender, Gustavo. Cuando seas un hombre y te veas en una situa-

ción como la mía, si eres noble, si sabes portarte como se portan los hombres de corazón, lo comprenderás todo.

Dió un nuevo giro a la aeronave para equilibrar su marcha y quedó ensimismado, pensando en los que dejaba atrás.

Sin embargo éstos ya no pensaban en nadie. Se sentían tan felices que su vuelta a la Tierra no les preocupaba. ¿Acaso no había sido en la Luna donde habían encontrado la felicidad más grande de su vida? ¿No había sido allí donde sus corazones llegaron a comprenderse? Para qué necesitaban la Tierra? Por encima de todo egoísmo, por encima de toda ambición estaba aquel puro sentimiento que los unía para toda la vida...

Si el pobre profesor, el autor de aquella fantástica tentativa hubiera vivido y hubiera podido ver la felicidad de sus discípulos, habría dicho lo tantas veces repetido a Helius:

—La mujer es el ser supremo de la creación. Sólo ella es la que puede dar la felicidad completa al hombre. Su amor está por encima de todo, y no hay riqueza que pueda igualarla.

Y seguramente que Helius, abrazando a Frida le hubiera contestado convencido de la razón que tenía su maestro:

—Es verdad. La mujer en la Tierra lo mismo que en la Luna es el ser supremo...

F I N

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA - - LA MAS SELECTA - - ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

P O R T A D A A T O D O C O L O R

EL ARCA DE NOÉ	George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
TRAFAKGAR	Corinne Griffith
LA MÁSCARA DE HIERRO (2. ^a edic.)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	María Corda
EL DESFILE DEL AMOR (5. ^a edic.)	M. Chevalier
LA INTRUSA	G. Swanson
RIO RITA	Bebé Daniels
RASPUTÍN	W. Gaidaroff
EL CAPITÁN DE LA GUARDIA	Laura La Plante
¡ME PERTENECE!	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary Douglas
EL GENERAL CRACK	John Barrymore
EL REY VAGABUNDO	J. Mac Donald-D. Kings
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey

EDICIONES BIBLIOTECA IRIS

CORAZONES ORGULLOSOS	M. de los Santos
ASTUCIAS DE AMOR	M. de los Santos
EXPENDEDURÍAS DE CARNE	A. Vidal y Planas
HUMANA	

PRECIO DE LOS TOMOS: UNA PESETA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remítan cinco sántimos para el certificado. Franquos gratis.

Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelona

2 0 1

UNA peseta